

Condenados a amarse

EMILY McKAY

Condenados a amarse

Emily McKay

2º Mult. De película

Condenados a amarse (2010)

Título Original: Tempted into the tycoon's trap (2009) **Serie:** 2º Mult. De película

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Deseo Miniserie 50

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Jack Hudson y Cece Cassidy ***Argumento:***

Aquella vez conseguiría el corazón del magnate Cece Cassidy estaba acostumbrada a escribir guiones, no a formar parte de la historia. Sin embargo, la prensa sensacionalista había descubierto su relación con Jack Hudson y la paternidad del niño al que ella había, supuestamente, adoptado. Desgraciadamente, el padre fue el último en saberlo. Y se enfadó tanto con Cece que la obligó a casarse con él sin obtener a cambio ninguno de los beneficios maritales. El magnate del mundo cinematográfico volvía a romperle el corazón; pero Cece anhelaba sus caricias y esperaba escribir un final feliz para aquel amor tempestuoso.

Prólogo

Tres años antes

Si Dev, Max y Luc Hudson lo hubieran visto en ese momento, habrían tomado el pelo a su primo durante toda la vida. Sin embargo, cuando Jack Hudson miró a la mujer que estaba a su lado, casi no le importó.

Cece Cassidy estaba repantigada en el asiento, con los pies apoyados en el respaldo de la butaca delantera y un recipiente de palomitas metido entre los muslos.

—No puedo creer que comas eso —dijo él.

Cece lo miró.

—Ni yo que no quieras probarlas. Son las mejores palomitas de Los Angeles —afirmó, señalando el recipiente—. Lo digo en serio; son palomitas de verdad, caseras.

Para ilustrar su opinión, se llevó otro puñado a la boca y cerró los ojos como si estuviera en éxtasis. El pulso de Jack se aceleró.

Menuda y con muchas curvas, Cece tenía una cara que resultaba agradable sin ser bella; o tal vez bella sin llegar a ser perfecta, porque Jack no lo tenía claro. Tenía la nariz ligeramente respingona, herencia de los antepasados italianos de su padre, y una boca grande y suntuosa que había heredado de su madre. No era, alta, despampanante ni estúpida. En resumidas cuentas, no era su tipo; lo cual podía explicar por qué la deseaba tanto.

Fuera como fuera, la atracción que sentía por ella era totalmente inesperada. Cece era ahijada de su abuela y casi se podía afirmar que habían crecido juntos. No obstante, cuando Jack se la encontró en la fiesta anual que los Hudson organizaban por San Valentín, se sintió como si lo hubieran hechizado. Desde entonces no hacía otra cosa que intentar resistirse a su atractivo, aunque le resultaba difícil porque Cece parecía empeñada en arrastrarlo a todos los rincones de Los Angeles que le gustaban.

Era una joven encantadora. Tenía veinticuatro años, sólo tres menos que él, pero parecía mucho menor. Además, estaba el hecho de que todos los Hudson la adoraban y el ya mencionado de que era ahijada de su abuela. Si se acostaban, le rompería su corazoncito juvenil y su familia lo lincharía. Justo lo que necesitaba.

Jack se rindió a una de las dos tentaciones, ya que no podía rendirse a la otra, y alcanzó un puñado de palomitas.

—Recuérdame qué estamos haciendo aquí.

—En primer lugar, estamos en un cine muy antiguo.

Jack miró a su alrededor. Era un cine de la década de 1940, con

butacas lujosas, moqueta roja y murales en las paredes. Precioso.

—Sí, ya no los hacen así —asintió—. Pero creo que la pantalla de la mansión Hudson es mucho más grande que ésta.

Ella sonrió.

—Exacto, lo cual me lleva al segundo motivo. Que nunca vas al cine.

—¿Cómo que… ?

Emily McKay - Condenados a amarse – 2º Mult. De película Ella arqueó una ceja y lo interrumpió.

—Lo sé, lo sé, tu familia es propietaria de un estudio cinematográfico y ves muchas películas. Pero no vas al cine. Esta es una experiencia completamente nueva para ti.

Jack echó un vistazo a la gente que llenaba el local en la sesión de medianoche. Había personajes de lo más variopinto y llamativo, incluidos dos hombres disfrazados de caballero Jedi y Wookie, respectivamente.

—Y por último —continuó ella—, estamos viendo la mejor secuela de La guerra de las galaxias. Es una maravilla, Jack. Ya sabes, con todo eso de «Luke, soy tu padre…».

Cece se detuvo; era evidente que quería robarle una sonrisa. Teniendo en cuenta que Jack mantenía una relación especialmente complicada con su padre, había pensado que encontraría algún solaz en la historia redentora de Luke y Darth Vader. Pero no funcionó. A Jack le parecía que todos los padres eran unos cretinos; especialmente, los que abandonaban a sus hijos.

—Si trata de relaciones paterno filiales, la segunda parte de El Padrino es mucho más…

—No, nada de eso. El final de ésta tiene una tensión especial, y el atractivo añadido de la relación amorosa entre la princesa Leia y Han Solo.

Jack la miró con sorpresa.

—¿Lo dices en serio? Pensaba que, en cuestión de relaciones, serías fan de Cuando Harry encontró a Sally.

—Ni mucho menos. El sarcástico Han Solo es infinitamente más interesante que el sensiblero de Harry.

—¡Callaos! —exclamó el caballero Jedi.

Jack hizo caso omiso y se inclinó sobre Cece, cuyos labios brillaban por culpa de la grasa de las palomitas. Cuando extendió un brazo para llegar al recipiente, sus cuerpos se rozaron y él sintió una descarga de calor que le resultó tan familiar como inesperada.

Ya no lo podía negar. No quería que Cece siguiera siendo una amiga con la que iba al cine. La deseaba. La quería desnuda, en su

cama, aquella misma noche.

—Dime una cosa, Cece.

Ella lo miró.

—¿Sí?

—¿Qué estamos haciendo aquí?

Cece señaló la pantalla y lo miró como si pensara que había perdido el juicio.

—Viendo El imperio contraataca. ¿No lo recuerdas?

—Eso ya lo sé, pero… ¿por qué estamos aquí?

Cece sonrió, aunque no con su sonrisa alegre de costumbre; de hecho, pareció algo triste.

Inclinó la cabeza hacia un lado y dijo:

—Cuando nos encontramos en la fiesta, me pareció que estabas muy solo y que necesitabas una amiga.

Emily McKay - Condenados a amarse – 2º Mult. De película Tal vez fue porque no compartía los gustos cinematográficos de Cece, o tal vez porque le molestó que lo tomara por un hombre solitario. En cualquier caso, se cansó de esperar, llevó las manos a su cara y la besó.

Su boca sabía salada, y durante un momento, ella no se movió. Pero después, se acomodó lo necesario e introdujo la lengua en la boca de Jack, que se sintió ligeramente mareado y se excitó un poco más.

Jack se apartó y la miró a los ojos.

—Cece, no necesito una amiga.

Ella asintió y se humedeció los labios como si tuviera miedo de perderse un solo segundo de sus besos.

—Vayámonos de aquí —sugirió él.

Cece se levantó tan deprisa que las palomitas cayeron al suelo.

Cuatro meses después, tal como Jack había previsto, le rompió el corazón a Cece.

Capítulo 1

En la actualidad

Lillian Hudson pretendía que Hudson Pictures rodara una película biográfica sobre el legendario amor que se había dado durante la Segunda Guerra Mundial entre Charles, su marido, y ella.

Desde que Jack Hudson oyó su anuncio durante la fiesta de San Valentín en la mansión Hudson, supo que habría problemas. La semana anterior, se presentó en la casa para saludar a la familia y descubrió a su abuela viendo La ola, cuyo guión era de Cece. En aquel momento, la imagen de la Estatua de la Libertad desapareciendo bajo un maremoto le pareció particularmente premonitoria. Ahora sabía por qué.

No tenía la menor duda de que Lillian lo iba a presionar para que Cece se encargara de escribir el guión de *Honor,* lo cual iba a resultar difícil, por no decir imposible, porque Cece no le dirigía la palabra.

Jack se aferraba a su copa de champán cuando Lillian anunció sus propósitos. Después, se bebió una botella de Dom Perignon de casi doscientos dólares e intentó llegar a la barra, eludiendo la abarrotada pista de baile y esquivando a los camareros, a los directores de cine y a las actrices que aspiraban al estrellato.

Sabía que Lillian lo acorralaría más tarde o más temprano y quería tener la copa llena cuando lo consiguiera. Por desgracia, fue demasiado lento; su abuela lo encontró antes de que alcanzara su objetivo.

—No pareces muy contento con mi anuncio.

Jack se giró para mirarla. A pesar de su edad, Lillian aún poseía la misma elegancia que la había convertido en una estrella de la pantalla grande. Llevaba un vestido largo, de lentejuelas, que evidentemente se había diseñado para acentuar el brillo del collar de diamantes que llevaba al cuello. Sus cristalinos ojos azules tenían un fondo de humor, como si supiera que la había estado evitando.

—Al contrario, abuela. Estoy encantado —mintió—. Tu historia de amor será una película extraordinaria.

Jack se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla.

—Charles siempre pensó que lo sería. La idea de rodarla se ha planteado una y otra vez a lo largo de los años, pero yo no tenía corazón para filmarla sin él.

Durante unos segundos, aquella mujer que normalmente estaba llena de energía sonó tan triste y frágil que Jack estuvo a punto de

callarse sus objeciones.

—Me alegra que te hayas decidido, abuela. Pero has dicho que quieres que esté terminada para el sexagésimo aniversario del estudio. ¿A qué viene tanta prisa? Sería mejor que nos lo tomáramos con calma. Queremos que salga bien.

La ilusión de fragilidad de Lillian se desvaneció.

—¿Y para cuándo pretendes que la rodemos, querido nieto? ¿Para el septuagésimo aniversario? ¿Para el centésimo?

Lillian no esperó respuesta a sus preguntas, que naturalmente eran retóricas, y siguió diciendo:

—No, ya he tomado una decisión. Si no lo hacemos ahora, no lo haremos nunca.

Jack se encogió de hombros. Discutir con ella era absurdo.

—Y supongo que querrás que contrate a un guionista, claro…

Lillian sonrió. Para ser una mujer de ochenta y nueve años, conservaba sus encantos extraordinariamente bien.

—Ah, nieto mío, me conoces demasiado.

—De acuerdo. Hablaré con Roben Rodat a primera hora de la mañana. No sé si lo conoces. Trabajó con Spielberg en Salvar al soldado Ryan.

Jack hizo un gesto al camarero de la barra, que debía de haber trabajado en otras fiestas, porque automáticamente le sirvió una copa.

—No, no serviría. Lo último que quiero para este proyecto es un guionista que ya ha trabajado en una película de la Segunda Guerra Mundial. La historia de tu abuelo y yo es muy especial; necesitamos una persona que le dé un toque personal, que sepa encontrar una aproximación única al proyecto.

Los ojos de Lillian brillaron con la misma inteligencia a la que Jack estaba acostumbrado desde la infancia. Tras la muerte de su madre, Lillian y Charles se encargaron de él. Su abuela lo conocía tan a fondo que prácticamente podía adivinar sus pensamientos.

—No busques a nadie —continuó, jugueteando con su collar—. Tengo al guionista perfecto para esa película.

Jack ya lo sabía, pero no dijo nada.

—¿Te acuerdas de mí ahijada, Cheryl Cassidy?

—¿De Cece?

Jack no podría haberla olvidado ni en un millón de años. Recordaba su ingenio, su rápido sentido del humor, sus labios generosos, sus ojos marrones y su cabello de color azabache cayendo como una cortina de seda sobre la almohada. Recordaba su breve pero apasionada aventura, y también que había terminado mal.

Además, Cece era de la familia. Como ahijada de Lillian y Charles,

había sido una presencia constante en la mansión Hudson. Cuando tres años antes volvieron a verse, Jack pensó que la niña traviesa que solía seguirlo a todas partes se había convertido en una mujer muy atractiva, irresistible.

—La misma.

—Por supuesto que sí.

—Lo suponía, aunque diurnamente no la vemos demasiado.

—Eso es verdad.

Jack sospechaba que Cece evitaba a los Hudson porque él le había roto el corazón. Ya no iba nunca a sus fiestas. Y quizás por eso, aquella fiesta le estaba resultando enormemente aburrida.

—Creo que sería perfecta para el trabajo. Conoce muy bien a nuestra familia y sabría darle el toque que busco. Además, tiene talento; lo ha demostrado en sus proyectos anteriores —afirmó.

La pequeña Cece no sólo se había convertido en una amante extraordinaria, sino también en una gran profesional del mundo del cine. Escribía guiones inteligentes y con ritmo que gustaban mucho a la audiencia. En uno de los periódicos del sector la habían descrito recientemente como el David Mamet de las películas de aventuras.

—Eso es cierto —dijo él—. Sus películas han ganado alrededor de doscientos millones de dólares en conjunto.

—Exacto. Entonces, ¿por qué Cece no trabaja para Hudson Pictures? —preguntó, dándole un golpecito a modo de reprimenda—. ¿Cómo es posible que no esté ganando millones para nosotros? Esta película es la oportunidad perfecta para traerla de vuelta al redil.

—Sinceramente, no creo que sea del tipo de películas que le gustan…

—Tonterías. De niña le encantaban las historias de Charles sobre la guerra. Y como ya he dicho, es prácticamente de la familia.

—Pero abuela…

—Está decidido, Jonathan —lo interrumpió. Jack sonrió con ironía.

—Debes de hablar muy en serio cuando me llamas por mi nombre.

—Hablo completamente en serio. Quiero que mañana mismo, a primera hora, vayas a hablar con Cece. Si hay alguien que pueda convencerla para aceptar el proyecto, eres tú.

Cuento contigo, nieto.

Cuando Lillian se giró y se alejó, Jack hizo una pequeña reverencia. Había algo en su abuela que siempre lo empujaba a ese tipo de formalidades.

El tribunal había dictado sentencia. Tenía que conseguir que Cece volviera con la familia. Pero Lillian no sabía que se había marchado

por culpa, precisamente, de él.

Cece Cassidy miró el cursor de la pantalla y suspiró, frustrada. Su hijo, Theo, estaba sentado en el suelo del despacho y se dedicaba a murmurar cosas ininteligibles mientras pasaba las páginas de un libro. Sólo tenía dos años, pero era muy precoz. Si Cece hubiera soltado una palabrota, el niño la habría aprendido al instante y se habría dedicado a repetirla en voz alta por toda la casa.

—Palabrotas—dijo ella.

—Palabrotas —repitió él.

Cece rió, aunque estaba de mal humor. No lograba sacar adelante el tercer acto del guión que tenía entre manos. Echó un trago del refresco que había dejado en la mesa y se preguntó qué faltaba. El malo ya había salido de escena, la bomba estaba desactivada y el héroe había salvado la situación.

—¿Qué le falta? —se preguntó.

Theo alzó la mirada de su libro.

—Oso marrón, oso marrón…

—No, no le falta un oso marrón.

Apoyó los dedos en el teclado y esperó que la inspiración se presentara. Por suerte, el timbre de la puerta sonó en ese preciso instante.

—¡Ah, ya lo tengo! ¡Le falta un aplazamiento!

Cece podía haber dejado que María, la niñera, abriera la puerta, pero se levantó de la silla y se dirigió al vestíbulo de la casa.

—Ya abro yo, María. Encárgate tú de Theo.

María pareció muy aliviada. Teóricamente, debía cuidar del niño las veinticuatro horas del día, pero como Cece trabajaba en casa, no tenía gran cosa que hacer.

Cuando llegó a la puerta, la abrió con intención de abrazar al héroe o heroína que la había salvado de su punto muerto con el tercer acto del guión. Pero el que estaba en el porche era nada más y nada menos que Jack Hudson.

Tenía las manos metidas en los bolsillos y se había apoyado en una de las columnas de la entrada. Su aspecto era tan tranquilo y relajado como si presentarse en su casa de Santa Bárbara fuera lo más normal del mundo; como si la última vez que se habían visto, no le hubiera partido el corazón.

En cambio, Cece se alteró hasta el punto de que sintió que la tierra se movía bajo sus pies. Nada nuevo, porque llevaba toda la vida en California y estaba acostumbrada a los terremotos. Sin embargo, ni el

peor de los temblores resultaba tan inquietante como la visión de Jack en el umbral de su casa.

—¿Puedo entrar?

Cece sintió pánico y pensó que, si Jack hubiera descubierto su secreto, no habría sido tan amable con ella.

Fingiendo una indiferencia que estaba lejos de sentir, alzó la barbilla, arqueó una ceja y bloqueó la entrada con su cuerpo.

—Vaya, vaya, vaya… pero si es Jack Hudson en persona. El villano de mi historia personal.

—No te pongas dramática, Cece.

—En una de mis películas destruí la Costa Este con un maremoto. Créeme, sé cuándo viene bien un poco de dramatismo.

En aquel momento, Cece se sentía como uno de los personajes de sus guiones cuando se enfrentaba a una ola gigante: impotente y aterrorizada. Jack siempre había tenido la habilidad de destruir sus defensas. Pero, afortunadamente para ella, no lo sabía.

—¿Vas a dejarme entrar o no?

—Creo que no. No tenemos nada que decirnos.

La mentira era tan flagrante que Cece casi esperó que la tierra se abriera y se la tragara.

En realidad, tenían mucho que decirse, especialmente en lo relativo a su hijo, que jugaba en el suelo del despacho, a pocos metros de allí.

Durante dos años y medio no había dejado de preguntarse lo que haría cuando Jack se presentara en su casa y exigiera respuestas sobre el niño que supuestamente había adoptado cuando rompieron su relación. A pesar de ello, sólo se le ocurrieron tres opciones: dejarlo entrar y enfrentarse a él; cerrar la puerta y llamar a su abogado o salir corriendo sin más.

—Lo que tengo que decirte no es personal —anunció él.

Cece estudió atentamente su cara. No había el menor rastro de interés, la menor brizna de la pasión que habían compartido, el menor de los destellos que iluminaban sus ojos cuando ella conocía su cuerpo tan bien como Jack el suyo. Pero, por otra parte, siempre había sido un experto en ocultar sus emociones.

Fuera como fuera, tampoco observó la ira que indudablemente habría sentido si hubiera averiguado lo de Theo. Eso estaba bien claro.

—Así que no es personal…

—No. Estoy aquí por Lillian.

Cece sintió un nudo en la garganta. Entre su casa y la de Jack, que estaba en Malibú, había una distancia bastante considerable. Si Jack estaba allí, sólo podía significar que Lillian había caído enferma.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, pero te echa de menos.

Cece se sintió aliviada y triste a la vez. Lillian era una de las personas a las que más quería en el mundo, pero no la había visto en mucho tiempo. Cuando decidió que no diría a Jack lo de Theo, no tuvo más opción que cortar los lazos con la familia Hudson. La echaba mucho de menos.

Jack debió de notar sus dudas, porque dio un paso adelante y se apoyó en el marco de la puerta. Cece tuvo la impresión de que su cercanía le había robado el aire de los pulmones.

El la miró con atención y ella pensó que, de haber sabido que se iba a presentar en su casa, se habría preparado para el enfrentamiento o, por lo menos, se habría maquillado. Tenía el pelo mojado porque acababa de ducharse y llevaba unos vaqueros viejos y su camiseta de la suerte, una prenda raída con estampado de Led Zeppelín que le había robado a su padre quince años atrás. En cuanto a él, se había puesto unos vaqueros y una camisa de lino, de color crema, que acentuaba su moreno.

Le pareció absurdamente guapo y pensó que no era justo que alguien pareciera tan fresco y atractivo. Pero los Hudson eran así.

—Deja que entre y hablaremos. Después de todo lo que hemos vivido juntos, ¿ni siquiera vas a escuchar lo que tengo que decir? Al menos, me debes eso…

Cece se sintió culpable por el comentario. Jack no podía imaginar hasta qué punto estaba en deuda con él.

Así que, al final, se apartó de la puerta y dejó que entrara. Empezó a caminar hacia el salón, que estaba en la parte trasera de la casa, pero tenía miedo de que oyera la voz de Theo y María y se interesara al respecto.

Jack le dio conversación mientras se dirigían al salón y ella no le ofreció café ni siquiera un vaso de agua. Se conocían demasiado bien; no necesitaban perder el tiempo con tonterías.

Ya en el salón, Cece se sentó en su sillón de cuero preferido y cruzó las piernas bajo el cuerpo para evitar que le temblaran y que traicionaran su nerviosismo.

—¿Y qué quiere Lillian? Supongo que no te ha enviado para que me invites a la cena del Día de Acción de Gracias.

El arqueó una ceja.

—Aún falta mucho para eso, ¿no te parece?

—Sí, pero le encanta hacer planes por adelantado.

—El sábado por la noche, en la fiesta de San Valentín, anunció su intención de que rodemos una película sobre un tema que

seguramente te resultará familiar: cómo se conocieron Charles y ella en la Segunda Guerra Mundial.

Charles había trabajado para el servicio de espionaje en Francia, durante la ocupación alemana. Mientras estaba en Marsella, se encaprichó de una cantante de cabaret, Lillian, de quien sospechaba que era colaboracionista de los nazis; sin embargo, Lillian trabajaba para la resistencia francesa.

A pesar del peligro y de la desconfianza mutua, se enamoraron. Y su amor duró toda una vida. Cuando terminó la guerra. Charles la llevó a Estados Unidos y convirtió a Lillian en una estrella de cine. Con su amor y con lo que ganaron de aquellas películas, fundaron los estudios Hudson.

—No me extraña. Es una historia muy buena. Tiene acción, amoríos y toneladas de drama y suspenso. Como Casablanca, pero con un final feliz. Ganaríais millones con ella; probablemente, cientos de millones.

—Quiere que tú escribas el guión.

Ella se quedó helada.

—¿Yo?

—Sí. Me sorprendió tanto como a ti.

—Yo no escribo ese tipo de guiones.

—Es lo que le dije.

—Escribo películas de acción…

—Lo sé.

—Ya sabes, monstruos que quieren dominar el mundo, desastres naturales, bombas de relojería… ese tipo de cosas.

—Lo sé, lo sé.

—Y nunca escribo de amor.

Jack la miró de forma extraña.

—Te has vuelto algo escéptica —comentó.

—¿Escéptica? ¿Me llamas escéptica por ese comentario?

—No exactamente; lo digo por tu tono. Espero que no…

—No te creas tan importante. Nunca he escrito historias de amor; eso no tiene nada que ver con lo que pasó entre nosotros. Mis padres tuvieron una de las relaciones más tensas y difíciles de la historia de Hollywood. Ya estaba vacunada contra el amor cuando me pusieron los primeros pañales. Por eso soy la última persona del mundo que podría escribir el guión de esa película.

Jack se sentó en el sillón de enfrente y apoyó los codos en las rodillas.

—Pero está convencida de que eres la única que podrá hacerlo bien.

—Eso es ridículo…

En realidad, Cece no estaba segura de que fuera una idea tan mala.

Llevaba el cine en la sangre. Su padre, Martin Cassidy, había sido uno de los mejores directores de todos los tiempos; y su madre, Kate Thomas, una de las estrellas más sexys de la década de 1970. Sus piernas, sus cunas y su cabello rubio eran tan legendarios que habían adornado las paredes de toda una generación de adolescentes.

Por desgracia, Cece no había heredado la belleza impresionante de su madre. De jovencita lo había pasado bastante mal porque nunca faltaban adultos que la llamaban patito feo en comparación con Kate. A los veinte años ya había asumido que seguiría siendo un patito feo toda la vida, pero al menos, un pato francamente sarcástico y con gran talento para los guiones.

En cualquier caso, no se sentía capacitada para escribir la historia de Charles y Lillian.

Aquel guión no pediría un ritmo frenético ni diálogos astutos, sino emoción, vulnerabilidad y sentimiento. La suya había sido una historia de amor muy especial, la típica historia que asombra a los niños.

A Jack también le había fascinado de pequeño. Cece lo sabía porque entonces pasaba mucho tiempo en la mansión Hudson. Fueron largos veranos y fines de semana dedicados a jugar al escondite o a subirse a los árboles y, cuando llegó a la adolescencia, largos veranos y fines de semana dedicados a soñar con el gran amor que compartirían algún día.

Pero la realidad había sido diferente. En lugar de un gran amor, sólo había conseguido una aventura pasajera, un corazón roto y grandes dosis de arrepentimiento.

—No, no puedo hacerlo.

—Querrás decir que no quieres.

Ella negó con la cabeza.

—Ni puedo ni quiero. No es una buena idea. No sé nada de ese tipo de historias.

Jack sonrió con ironía.

—Vamos, Cece… podrías conseguir que un texto jurídico se convirtiera en una película de éxito.

Cece se sintió halagada.

—No, no es posible, Jack. Además, juré que no trabajaría nunca para Hudson Pictures.

Jack se recostó en el sillón.

—Pero eso lo juraste cuando rompimos. Y no fue por mi familia, sino porque me odiabas a muerte.

—Sí, es cierto…

Jack notó que dudaba y decidió presionarla.

—Sabes que te encantaría escribir esa historia. La conoces y has estado soñando con ella desde niña —afirmó, mirándola con toda la intensidad de sus ojos azules—. Y por si eso fuera poco, resulta que yo conozco la verdad.

Capítulo 2

—¿La verdad? —preguntó, sorprendida.

Naturalmente, lo primero en lo que Cece pensó fue en Theo. No podía creer que Jack lo supiera y no lo hubiera mencionado hasta entonces. Pero no se refería a eso.

—Sí, la verdad. Sé por qué tienes miedo de escribir esa historia.

—Ah, esa verdad…

—La relación de Lillian y Charles significa mucho para ti —dijo Jack, ajeno a lo sucedido—. Temes no estar a la altura de las circunstancias.

—Supongo que sí —admitió—. A fin de cuentas, ¿no es el mismo motivo por el que todos los Hudson habéis evitado ese proyecto?

Jack la miró en silencio durante unos segundos. Después, sonrió.

—Por eso tienes que escribir el guión; porque nadie conoce a nuestra familia tan bien como tú. Nadie entendería lo mucho que significa para nosotros, y especialmente, para mi abuela Lillian —declaró.

—Eso es un golpe bajo, Jack Hudson.

—En este caso está justificado. Afecta a una persona a quien quiero con toda mi alma.

Por supuesto, Jack se refería a Lillian. Y estaba más que decidido a manipularla porque sabía que ella también la adoraba.

—Vamos, Cece, no querrás que me arrodille ante ti…

—Tal vez sea lo que quiero.

Él le dedicó la mejor de sus sonrisas, la que conseguía volverla loca cuando sólo era una adolescente enamoradiza. Después, se levantó del sillón, clavó las rodillas en el suelo y entrelazó las manos.

—Oh, levántate de una vez…

—Si Lillian te importa, aceptaras el trabajo.

Cece todavía no estaba preparada para aceptar el encargo, así que intentó ganar tiempo.

—Por simple curiosidad… ¿por qué te ha enviado a ti?

El se encogió de hombros.

—Supongo que porque soy el director de proyectos. Me encargo de estas cosas.

—Entonces, no lo sabe…

—¿Te refieres a lo nuestro? No, no lo sabe —contestó—. ¿Por eso nos has estado evitando durante estos años? ¿Por qué creías que yo se lo habría contado?

—Bueno…

Jack había dado en el clavo; Cece suponía que todos los Hudson sabían lo sucedido y no se sentía con fuerzas para soportarlo. Pero no

era tan fácil como eso; aunque Jack le hubiera partido el corazón, sabía que el fracaso de su relación no era culpa suya, sino de los dos. O tal vez, más de ella.

Por una parte, se había empeñado en conquistarlo a pesar de que Jack jugaba en otra división y vivía en un mundo de modelos de pasarela y actrices bellísimas. Por otra, conocía la historia desastrosa del matrimonio de sus padres, que había culminado con la muerte trágica de su madre, y era consciente de que Jack no creía en el amor. Cece estaba sobre aviso, pero eso no había impedido que lo intentara.

Además, estaba el asunto de Theo, el hijo de Jack. Ella no descubrió que estaba embarazada hasta muchas semanas después de que se separaran, y decidió no decírselo a nadie. De hecho, se marchó a Francia durante un año y hasta consideró la posibilidad de no volver nunca a Estados Unidos.

Ya no tenía vuelta de hoja. Él le había dado el mayor regalo de su vida y Cece se lo había robado a propósito. No podía correr el riesgo de que se supiera. No solamente porque Jack no la perdonaría nunca, sino porque ella no se lo perdonaría a sí misma.

Sin embargo, podía hacer algo por él: escribir ese guión.

En lo profesional, sería un desafío; en lo personal, una forma de redimirse.

—Está bien, lo haré.

Jack sonrió y se levantó.

—Sabía que aceptarías.

—¿Ah, sí?

Jack caminó hacia la puerta y dijo: —Lillian ha organizado una cena familiar esta noche. Espera que vayas.

—No va a ser posible. Tengo otros planes.

—Cancélalos.

—No puedo, Jack. Lo siento.

Jack la miró con seriedad.

—Sea lo que sea, estoy seguro de que puedes cancelarlo. Es un asunto de negocios, Cece.

—Y lo mío no es precisamente un encuentro amoroso.

—Aunque lo fuera, cancélalo —insistió.

—Se trata de mi hijo.

—Ah, es verdad, había olvidado que tienes un hijo…

—Mi niñera sólo trabaja de día —explicó—, y a estas horas no podría encontrar a nadie que cuide de él en mi ausencia. Lo siento, pero es imposible.

Jack frunció el ceño.

—Bueno, pues tráelo…

Si la propuesta no le hubiera resultado tan aterradora, Cece se habría echado a reír. No podía imaginar al travieso y ruidoso Theo en una reunión familiar de la mansión Hudson, donde además se dedicarían a discutir sobre un proyecto cinematográfico durante cinco o seis horas.

—No, no me parece una buena solución.

—Encuentra la forma de arreglarlo, Cece. Es importante para Lillian. Quiere empezar a marearte con sus ideas sobre el guión.

Cece desestimó el comentario con un gesto.

—Ya tendrá tiempo para eso cuando firmemos el contrato —alegó —. De todas formas, no empezaré a trabajar hasta entonces.

—Me temo que te equivocas. Empezamos a rodar dentro de dos meses.

—¿Dentro de dos meses? ¿Te has vuelto loco? No puedo escribir un guión en dos meses.

—Tendrás que hacerlo. Lillian quiere presentar la película en el sexagésimo aniversario de la fundación del estudio. Tenemos el tiempo justo.

Cece calculó mentalmente lo que tendría que hacer. Era difícil, pero posible. Así que se cruzó de brazos, lo miró y dijo:

—Está bien. Tal vez pueda. Tal vez.

—Sabía que lo harías…

—Los Hudson y tú deberíais organizaros mejor. Lleváis toda la vida en el mundo del cine, deberíais saber que estas cosas llevan tiempo.

—Ven a cenar esta noche y podrás criticarnos todo lo que quieras.

—Puede que lo haga.

Cece acompañó a Jack a la salida y se despidió de él. Ya se había marchado cuando Theo apareció en el vestíbulo, seguido por María.

—Lo siento, Cece, se me ha escapado…

Theo se le aferró a las piernas como si no hubiera visto a su madre en varias semanas.

—Descuida, no tiene importancia.

—¿Qué era hombre? —preguntó el niño.

—Se dice quién era ese nombre, Theo —le corrigió su madre—. Y no era nadie importante.

Theo frunció el ceño, confundido.

—¿Conozco?

—No, no lo conoces —dijo, tomándolo en brazos—. Y nunca lo conocerás.

Cece cerró los ojos con fuerza para contener las lágrimas. Jack había permanecido casi una hora en la casa, y su presencia la había obligado a contener todos los sentimientos de temor, culpabilidad y

dolor que ahora la dominaban. Pero eso no era lo peor. Había descubierto que todavía deseaba a aquel hombre.

***

Jack miró a Lillian, confuso.

—¿Dónde están todos?

Esperaba encontrar a toda la familia en la mansión, pero para su asombro, sólo estaban su abuela y él.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, mirando a su alrededor.

—Dijiste que invitara a Cece a una cena familiar.

—Sí, es verdad.

—Pero no has invitado a nadie más…

—Por supuesto que no. ¿Cómo podríamos hablar de trabajo si toda la familia estuviera presente? Sería completamente imposible, Jack —afirmó.

—¿Desde cuándo es eso un problema para nosotros? Es lo que los Hudson hacemos.

Cuando nos reunimos, siempre hablamos de trabajo.

Lillian alzó la barbilla. Cada vez que lo hacía, Jack tenía la sensación de que lo estaba mirando desde arriba; algo evidentemente absurdo, porque su abuela era diez centímetros más baja que él.

—No hay nada malo en hablar de trabajo, querido nieto.

—Yo no he dicho que…

—Pero lo has insinuado —lo interrumpió—. De todas formas, ésa no es la cuestión.

Han pasado más de tres años desde que Cece estuvo en esta casa por última vez; si toda la familia estuviera presente, no tendría ocasión de hablar con ella sobre el guión. Por eso no he querido invitar a nadie más. Además, sospecho que entre los tres tendremos temas de conversación más que suficientes.

En ciertos momentos, Jack tenía la sensación de que era transparente para su abuela.

Como si conociera todos sus secretos y todas sus mentiras.

Era verdaderamente desconcertante.

—Jack, querido, ¿puedes hacer el favor de dejar de ir de un lado a otro?

Jack no se había dado cuenta de lo que estaba haciendo hasta que se detuvo, pero era verdad. Estaba tan tenso que no podía dejar de moverse.

—Gracias, me estabas dando dolor de cabeza —continuó—. Además, no querrás asustar a Cece con tus idas y venidas… ¿Por qué estás tan nervioso?

—No estoy nervioso —mintió—; pero si lo estuviera, tendría motivos más que suficientes. Has dejado bien claro que este proyecto es el más importante que hemos afrontado nunca en el estudio. Debes comprender que la presión es tremenda.

En ese momento se abrieron las puertas dobles del salón. Cece había llegado. Y a tiempo de escuchar el comentario de Jack.

Se quedó en el umbral durante unos segundos. Se había hecho un recogido en el cabello que le daba un aire sencillo y elegante a la vez, aunque dejándose algunos mechones sueltos.

Llevaba un vestido blanco, que se cerraba detrás del cuello y dejaba sus hombros al descubierto; la falda terminaba justo por encima de las rodillas, y la tela realzaba su figura menuda pero llena de curvas. Unos zapatos de tacón alto, que añadían más de siete centímetros a su estatura, completaban el conjunto.

Al verla allí, tan encantadora y arreglada, Jack se puso tenso. El vestido le quedaba maravillosamente bien, pero no le gustó. Cuando salían juntos, Cece siempre llevaba ropa desenfadada como vaqueros y camisetas o, mejor aún, nada en absoluto.

Su nueva imagen le resultó extraña y, al mismo tiempo, hizo que deseara verla desnuda.

Pero no había nada peor que desear a una persona a quien se había abandonado.

Lillian se levantó y caminó hacia su ahijada.

—Estás preciosa, querida mía…

Cece sonrió y la besó en la mejilla.

—Me alegro mucho de verte.

—Y a mí me alegra que hayas cambiado de estilo. Antes siempre llevabas vaqueros y cosas así —observó.

Cece le guiñó un ojo.

—He pensado que la ocasión lo merecía —dijo, echando un vistazo alrededor—.

¿Dónde están los demás? Pensaba que todos los Hudson iban a estar presentes…

—Markus y Sabrina cenaban con los Spielberg —explicó Lillian—. Dev trabaja hasta tarde y Bella ha salido con unos amigos.

—¿Por qué tengo la sospecha de que me habéis tendido una trampa? —preguntó Cece.

Lillian sacudió la cabeza y suspiró.

—Al parecer, Jack pensó que no vendrías si sabías que íbamos a estar solos. Supuso que no querrías cenar con una anciana como yo.

—¿Jack pensó eso? Oh, sí, ya lo imagino —ironizó.

Lillian la llevó hacia el sofá y Cece lanzó una mirada a Jack. Estaba

muy serio, aunque su expresión ya había cambiado cuando su abuela les sirvió unas copas de jerez.

Curiosamente, no parecía contento de verla.

—Me extraña que Jack te haya invitado a ti, Lillian —continuó Cece, siguiendo la broma—. Yo diría que arde en deseos de quedarse a solas conmigo…

Lillian rió.

—Sí, parece un sentenciado a muerte, ¿verdad?

Cece pensó que era cierto. Pero al mismo tiempo, estaba muy guapo.

Tomó un trago de jerez y sintió nostalgia. Todo lo que Lillian hacía tenía un poso de formalidad de otros tiempos; por ejemplo, lo de tomar jerez antes de cenar. Incluso cuando Cece era niña, le permitían tomar una copita de vez en cuando. De ahí que su sabor le recordara su juventud y le llevara tan buenos recuerdos.

Además, las visitas a la mansión Hudson siempre suponían un paréntesis en la guerra constante de sus padres. Pasara lo que pasara, declaraban una tregua cuando estaban en presencia de Lillian y de Charles.

Jack se acercó en ese momento y miró su vestido con admiración. Como no quería darle la impresión de que se había puesto elegante por él, dijo a Lillian: —Cuando pienso en las noches mi infancia, siempre te recuerdo con vestidos de noche.

—No me vestía así siempre —se defendió—. Sólo en las ocasiones importantes. Bueno, y también en…

—En las reuniones de la familia y los amigos.

Cece y Jack lo dijeron al mismo tiempo. Lillian había repetido tantas veces aquella frase, y ellos la habían oído tantas veces, que la conocían de memoria. Sus miradas se encontraron y, durante un momento, fue como si volvieran a ser amigos, aliados que navegaban por las mismas aguas peligrosas.

La nostalgia de Cece adquirió un rumbo distinto. Ahora también añoraba la sencillez de su infancia, los años que habían pasado juntos, sus juegos lejos de los mayores y, por supuesto, la intimidad que habían compartido hasta su ruptura. Extrañó tumbarse con él en el sofá y leer los últimos cotilleos sobre la industria cinematográfica. Extrañó el calor de su cuerpo en la cama, de noche.

Sin embargo, el hechizo se rompió cuando Lillian volvió a hablar.

—Jack me ha dicho que ibas a traer a tu hijo. Se llama Theodore, ¿no es cierto? — preguntó—. ¿Por qué no lo has traído?

Cece apartó la vista de Jack.

—Porque al final he encontrado niñera.

Era verdad. Le había pedido un favor a su vecina Marissa, y ahora estaba en deuda con ella. No sólo por cuidar del niño, sino también por prestarle el vestido que llevaba, que era de Vera Wang.

—¿Una niñera? Desde mi punto de vista, las generaciones actuales no pasan el tiempo necesario con sus hijos —opinó Lillian—. Deberías haberlo traído.

—Créeme, paso mucho tiempo con Theo. No suele alejarse más de un par de metros de mí. Además, tú fuiste una de las primeras madres trabajadoras de este país. Rodaste muchas películas durante la infancia de Markus y de David.

—Sí, supongo que tienes razón; aunque al menos lo intenté… —dijo, sonriendo—. Pero es una lástima que no haya venido. Como ninguno de mis nietos tiene intención de reproducirse, Theo sería para mí lo más parecido a mi único bisnieto.

Cece se sintió culpable. Estaba privando a Jack de su hijo, pero eso no le parecía tan importante porque él siempre había dejado claro, desde el principio de su relación, que no quería ser padre. Sin embargo, no se le había ocurrido que también estaba privando a Lillian de un bisnieto.

Se inclinó hacia delante y puso una mano en el brazo de Lillian. Su piel era tan fina, y los huesos se le marcaban tanto, que le pareció más frágil y anciana que nunca.

Se estaba haciendo vieja.

Su cara, que siempre había sido perfecta mostraba ahora una infinidad de arrugas profundas. Su cabellera, que siempre había sido fuerte y exuberante, parecía rala.

Cece se preguntó cómo era posible que no se hubiera dado cuenta hasta entonces.

Lillian era más grande que la vida misma. Parecía que no cambiaba, que se mantenía inalterable con el paso de los años. Pero naturalmente, no era así. Y lamentó haber tardado tanto en volver a verla.

—No te preocupes, lo traeré pronto para que puedas verlo.

Lillian sonrió.

—Oh, vaya. Veo que Jack no te lo ha contado…

—¿A qué te refieres?

Cece miró a Jack con curiosidad, pero él mantuvo una expresión distante y reservada.

—A que queremos que Theo y tú viváis en la mansión Hudson mientras trabajes en el guión.

Capítulo 3

—¿Quieres que me venga a vivir aquí?

—Sí.

—Pero… pero… ¡Eso es una locura!

Cece no salía de su asombro. Estaba tan perpleja que los labios de Jack se curvaron levemente, como si lo encontrara divertido.

Era evidente que no pensaba ayudarla. Tendría que defenderse sola.

—No puedes hablar en serio, Lillian…

Lillian no le hizo el menor caso. De hecho, hizo algo más que cambiar de conversación.

—Ahora que lo pienso, no me apetece cenar en el salón —declaró —. Le diré a Hannah que me lleve una bandeja a mi dormitorio.

Cece intentó detenerla.

—¿Cómo? No puedes marcharte…

Lillian desestimó su protesta con una despedida.

—Me he alegrado mucho de verte.

—Sí, yo también, pero venirme a vivir aquí…

—Jack se encargara de todo. Podéis discutirlo durante la cena. Hannah preparará las habitaciones para ti y para tu hijo a primera hora de la mañana. El tercer piso está vacío desde hace tiempo. Tendréis sitio de sobra.

Las protestas adicionales de Cece chocaron contra el mismo muro infranqueable. Siguió a Lillian hasta la puerta y sólo le faltó arrodillarse y rogarle que se quedara, pero no sirvió de nada en absoluto.

Un momento después, Lillian había desaparecido y ella estaba condenada a pesar la velada con Jack.

Disgustada, puso los brazos en jarras y lo miró con ira.

—¿Sabías lo que pensaba hacer?

Jack se bebió el resto de su jerez y dejó la copa a un lado.

—¿Sobre qué? —preguntó él—. ¿Sobre lo de quedarte en la casa? ¿O sobre lo de marcharse y dejarnos a solas?

—Sobre las dos cosas.

—Sabía lo primero, pero no lo segundo.

Cece rogó para que Lillian no hubiera organizado aquella encerrona con intenciones de celestina. Porque de ser así, se iba a llevar una gran desilusión.

—Es una idea absurda. No puedo vivir aquí mientras escribo ese guión.

—Debes admitir que tendría sus ventajas.

—¿Estás de acuerdo con ella?

Cece no tuvo más remedio que sentarse.

—¿Por qué no?

—Porque es una locura, por eso.

Estaba tan nerviosa que se llevó las manos a la cara y arruinó toda la pose de refinamiento que había logrado mantener hasta entonces.

—Eso ya lo has dicho antes.

—No pudo mudarme a la mansión Hudson.

—Sólo sería algo temporal.

—Da igual que sea temporal. No puedo vivir aquí.

—¿Por qué no? —preguntó de nuevo.

—Para empezar, tengo un hijo…

—Que estará tan bien aquí como en cualquier otro sitio —la interrumpió.

Cece no podía dejar de negar con la cabeza. Esperaba que Jack soltara una carcajada en cualquier momento y admitiera que era una idea ridícula, pero no lo hizo. Se limitó a mirarla en silencio, esperando que diera su brazo a torcer.

Durante unos segundos, nadie dijo nada. Lo único que se oía era el sonido del reloj que había sobre la chimenea.

—No puedo sacar a Theo de su entorno y traerlo aquí durante unos cuantos meses.

—Es un niño, no una secuoya —observó—. Dudo que suponga trauma alguno para él.

—¿Y tú qué sabes? ¿Te has vuelto un especialista en niños?

Jack se encogió de hombros.

—Incluso yo sé que un niño no es una planta. Además, seguro que no sería la primera vez que saldría de casa. Tómatelo como unas vacaciones.

Cece escudriñó su cara en busca de cualquier signo del Jack que había llegado a conocer tan a fondo. Ya había notado algún destello ocasional en su mirada, como si aún quedara un rescoldo del deseo que los había unido. Pero antes de que pudiera descifrar su expresión, él recobró la compostura y volvió a ser el desconocido frío y distante que el día anterior se había presentado en su casa.

Cece soltó una risita nerviosa.

—Pero ni esto sería precisamente unas vacaciones ni estamos en un hotel.

—Oh, vamos…

—Jack, quiero proteger a mi hijo. No me gustaría que tuviera la misma infancia que yo.

Jack apretó los labios.

—Tu infancia no estuvo mal —afirmó. Cece supo que Jack no

pensaba en la infancia de ella, sino en la suya. Y se enterneció tanto que sintió el impulso maternal de acariciarle la frente para aliviar aquel ceño fruncido. Pero, por supuesto, se contuvo. Ya había demasiada tensión entre ellos. No quería volver a complicarse la vida.

—Comparada con la tuya, no, no estuvo tan mal —admitió ella—. Al menos, tenía a mis padres… cuando estaban juntos, claro. Pero no quiero que mi hijo crezca en Hollywood y esté condenado a viajar de rodaje en rodaje, a quedar al cuidado del primero que pueda, a quedarse dormido a las dos de la madrugada en la sala de montaje.

—Dudo mucho que corra ese peligro por vivir dos meses en la mansión Hudson.

—Ni yo digo eso. Simplemente, quiero que tenga una infancia normal.

—Nadie tiene una infancia normal.

—Te equivocas. La mayoría no es como nosotros. De niños juegan en los columpios del parque, salen de excursión al campo o estudian en la biblioteca. No viven en grandes mansiones ni tienen criados. Ni siquiera durante unos cuantos meses.

—Cece, estar aquí no va a matarlo.

—Pero me parece innecesario.

—Estás siendo tan obstinada como de costumbre.

Mientras Jack hablaba, se había ido acercando a ella y la había acorralado. No tenía más opción que salir corriendo o quedarse donde estaba, pero no podía huir sin demostrar hasta dónde llegaba su nerviosismo. Se sentía como la cabra atada a una estaca que aparecía al principio de Parque Jurásico, condenada a ser la cena del Tiranosaurus Rex.

Sabía que estaba perdiendo la discusión. En cualquier momento, todo lo que quedaría de sus objeciones sería la cuerda que la cabra llevaba al cuello.

—No estoy siendo obstinada. Sólo quiero proteger a mi hijo.

De repente, Jack estaba tan cerca de ella que ni siquiera tuvo que estirar el brazo para tocarle la barbilla.

—¿Sabes lo que yo creo?

La miró a los ojos con tanta intensidad que ella deseó apartar la mirada. Pero se quedó hechizada y deseó que Jack la besara y que se sintiera tan perturbado como ella.

Sin embargo, no la besó.

—Creo que pones trabas por mí.

—¿Por ti?

—Sí—respondió, acariciándole la barbilla—. Sabes que es importante para mí y me estás complicando las cosas a propósito.

Ella le apartó la mano.

—No digas ridiculeces.

—Entonces, ¿a qué viene todo esto?

—A que no creo que sea necesario. Sólo quieres que me quede aquí para tenerme vigilada y para exprimirme todo lo que puedas. Pero el proceso creativo de un guión…

Jack la interrumpió.

—Te estás equivocando de cabo a rabo. El problema es que Lillian no se siente tan fuerte como antes, aunque le disguste admitirlo.

Cece retrocedió como si le hubieran dado un puñetazo.

—Ah… no me había dado cuenta.

—Supongo que te quiere cerca por eso. Ten en cuenta que no sale muy a menudo.

—Pero…

—Piénsalo un momento. No creo que pudieras quedar con ella en cualquier café cuando necesites hablar de la película. Es lo más conveniente.

—Bueno, podría venir a la casa cuando necesitara intercambiar impresiones…

—Vives en Santa Bárbara, Cece. Si el tráfico está mal, se tardan dos o dos horas y media en ir y otras tantas en volver. Te pasarías medio día en el coche. No podrías trabajar bien y estarías más tiempo lejos de tu hijo. Créeme, es la mejor solución.

—Maldita sea. Odio que tengas razón…

Ninguna de las soluciones le parecía aceptable. En términos generales, Jack estaba en lo cierto: si tenía que ir a la mansión cada vez que quisiera hablar con Lillian, no terminaría el guión a tiempo y vería muy poco a su hijo. Pero en términos emocionales, necesitaba mantener a Theo lejos de su padre y mantenerse lejos ella misma, porque seguía siendo demasiado vulnerable a su atractivo.

—Sabía que te convencería.

—Sí, claro.

—Me aseguraré de que no te arrepientas.

—Ya me he arrepentido.

Pero había una cosa buena en todo el asunto: que Jack no vivía en la mansión Hudson, sino en su casa de Malibú. Teniendo en cuenta lo sucedido entre ellos, seguramente no tendría más ganas de verla que ella de verlo a él.

Incluso cabía la posibilidad de que pudieran mudarse al tercer piso de la mansión y quedarse varios meses sin que Theo y su padre llegaran a coincidir una sola vez. Sólo tendría que asegurarse de que el niño permaneciera en sus habitaciones cuando Jack pasara de

visita.

Funcionaría. Ella lograría que funcionara. Tenía que funcionar.

Cece se levantó y dejó la copa de jerez. Se sentía mucho más optimista.

—¿Ya te vas?

Jack parecía decepcionado.

—Tengo que volver a casa y hacer el equipaje. Lillian me espera a primera hora de la mañana —le recordó.

—Pero si ni siquiera has cenado…

—Lo siento, no puedo quedarme a cenar.

—Pues deberías quedarte. Hannah prepara el mejor cordero que hayas probado nunca.

Cece estuvo a punto de soltar una risa irónica. En esas circunstancias, el pobre cordero le habría recordado demasiado a sí misma.

—Otra vez será.

Jack parecía dispuesto a protestar, pero ella salió de la habitación antes de que pudiera hacerlo. Por lo visto, los Hudson nunca aceptaban un «no» por respuesta.

Horas más tarde, cuando ya estaba en la habitación de su hijo, todavía maldecía su suerte por dentro. Se inclinó sobre Theo, le acarició la cabeza y pensó que tenía el pelo muy largo y que tendría que cortárselo. Theo había heredado el pelo de su padre, oscuro y fuerte, levemente rizado. Tenía una textura parecida a la del cabello de Cece, pero más marrón que negro.

—¿Mamá?

El niño abrió los ojos.

—Sí, cariño, estoy aquí.

Incapaz de resistirse, se tumbó en la cama con él.

—Léeme un cuento…

—Si quieres…

Cece no tuvo que leerle nada, porque Theo se volvió a quedar dormido enseguida.

Tumbada allí, en la oscuridad, sin más luz que el destello que llegaba desde el pasillo, sintió el peso de lo sucedido durante las últimas horas.

Se había metido en un buen lío.

Tres años antes, cuando decidió criar sola a su hijo y no decirle nada a Jack, supo que su decisión tenía la consecuencia inevitable de no poder asociarse nunca más a los Hudson. Por aquel entonces le

había parecido un problema menor; al Fin y al cabo, los Hudson eran un montón de gente presuntuosa, dominante y autoritaria. Pero también eran su familia. Cece había crecido entre ellos.

En cuanto a Jack, estaba decidida a no volver a verlo. En ningún momento se le había ocurrido que volvería a gustarle tanto como antes. No había pensado que, con el paso del tiempo, se arrepentiría de lo que había hecho.

Pero era lógico hasta cierto punto. Cece no podía saber que la maternidad iba a cambiarla tanto. Ahora lamentaba haber privado a Jack de aquella experiencia.

Intentó justificarse y se recordó que Jack había dejado bien claro que no quería ser padre ni fundar una familia.

Recordaba el momento con tanta claridad como si hubiera sido el día anterior. Estaban tumbados en la cama, a última hora de la mañana de un domingo, en la casa de Cece. La de Jack era más grande, pero tenían la costumbre de quedarse en la de ella.

Jack llevaba una camiseta azul marino y unos pantalones cortos porque había salido a comprar el desayuno. En la mesita de noche había una bandeja con dos tazas de café, un cuenco de fresas y varias tostadas. Jack la despertó con besos y la tentó con fresas para que se desperezara. Ella protestó, pero se sentía como si estuviera en el paraíso.

—Si todos los días me despertaran así, las mañanas me gustarían más.

—¿Todos los días? —preguntó él.

Jack se quedó helado, pero Cece no comprendió que había metido la pata hasta que respondió a su pregunta:

—Sí, todos los días. Hasta el último.

En ese momento, Cece notó que Jack había dejado de acariciarle los senos y que estaba tenso, rígido.

Abrió los ojos y escudriñó su cara. La luz del sol entraba por la ventana y daba a sus rasgos una suavidad que contradecía la dureza de su expresión.

Aquél fue el principio del fin. Diez minutos después, Jack salió de la casa. Diez días después, Jack habló con ella y le dijo que su relación sexual era magnífica, pero que no tenía intención de que las cosas llegaran más lejos.

Sorprendentemente, Cece pensó que no hablaba en serio. Hasta que una semana más tarde, Jack apareció en una revista en compañía de una actriz de los estudios Hudson. La revista afirmaba que era su nueva amante, y él ni siquiera se molestó en negarlo.

La ruptura fue brusca, con el tipo de discusión que los padres de

Cece habían mantenido una y otra vez a lo largo de los años. Ella gritó. El no dijo nada. Ella tiró cosas al suelo. El siguió en silencio. Ella lloró. El recogió su cepillo de dientes, su cuchilla de afeitar y la poca ropa que había dejado en la casa.

Cece todavía sentía vergüenza por haber perdido los estribos, por no haber podido soportar la frialdad de Jack. Pero al menos tenía la excusa de que estaba embarazada de ocho semanas, aunque entonces no lo sabía. Desgraciadamente, lo que hizo después no tuvo excusa alguna.

Al recordar lo sucedido, se preguntó cómo era posible que se hubiera engañado hasta el extremo de pensar que se saldría con la suya. Cuando año y medio después volvió de Francia con su hijo, nadie puso en duda que Theo fuera adoptado; pero ahora tendría que pasar el examen definitivo.

¿Podría llevar a Theo a la mansión Hudson sin que nadie sospechara? No lo sabía, pero estaba a punto de descubrirlo.

Volver al piso de Cece en Santa Bárbara despertó más recuerdos en Jack de los que podía soportar un viernes por la mañana. Sobre todo, porque aún no se había tomado ni un mal café.

Por eso se detuvo en una cafetería antes de llegar. Necesitaba cafeína, nada más. No lo hacía porque estuviera nervioso. O, al menos, eso fue lo que se dijo.

Cuando por fin se plantó en la entrada de la casa, con dos vasos de café en una mano, se acordó de todas las veces que iba a buscar el desayuno cuando estaban juntos. Cece era un animal nocturno y trabajaba hasta bien entrada la noche, así que Jack siempre tenía que abrir con su propia llave porque ella seguía dormida.

Pero presentarse en su habitación con los cafés y algún cruasán ocasional no sólo era uno de los recuerdos más bellos de la relación que habían mantenido, sino de toda su vida. De hecho, todavía la deseaba; aún se despertaba de madrugada y añoraba sus caricias y su cuerpo.

Romper con Cece había sido la decisión más dura que había tomado. Tanto, que tuvo que tragarse sus sentimientos y mentirse a sí mismo para conseguirlo.

Llamó al timbre de la puerta y se dijo que esos pensamientos no eran los más apropiados para la ocasión. Estaba dispuesto a esperar por lo menos diez minutos antes de que Cece abriera, pero se llevó una gran sorpresa cuando oyó ruidos y una voz infantil que no reconoció.

—¡Yo abro! ¡Yo abro!

Frunció el ceño y esperó, pero la puerta no se abría. Sonaba como si alguien intentara girar el pomo y no pudiera.

Cuando por fin se empezó a abrir, oyó pasos acelerados.

—¡Theo, no!

Cece alcanzó a su hijo antes de que el pequeño se encontrara cara a cara con su padre.

Jack lo oyó todo desde el exterior.

—No puedes abrir, Theo. No abras nunca aunque llamen. Aunque creas que es María.

Aunque pienses que…

Cece dejó de hablar cuando se dio cuenta de que la puerta ya no le servía de parapeto.

Jack la había empujado y ahora estaba abierta de par en par.

El la miró y su pulso se aceleró al instante. Se había recogido el cabello en una coleta y llevaba unos vaqueros y una camiseta, como de costumbre. Nada especial, pero le pareció más bella que nunca, deliciosamente desaliñada.

Nunca había comprendido que pudiera estar tan atractiva con ropa tan informal. En una ciudad llena de mujeres esbeltas y de piernas interminables, Cece resultaba demasiado baja y demasiado exuberante en comparación. Pero durante los tres años transcurridos desde su ruptura, las medidas de Cece habían seguido siendo el ideal de belleza para el cuerpo de Jack.

Nadie lograba estar a su altura. Nadie lo excitaba tanto.

Y todavía la deseaba, todavía la necesitaba. Quería devorarla.

Lo suyo con Cece era una adicción. Como el café. Como el aire.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella, sorprendida.

Jack le acercó uno de los vasos.

—Te he traído un café.

En lugar de aceptarlo, Cece se arrodilló junto a Theo y le dijo: —Ve a tu habitación.

El niño no hizo caso. Se zafó de su madre, corrió hacia Jack y se abrazó a sus piernas.

—¡Hola! —exclamó—. ¡Nos vamos de vacaciones!

Theo miró a Jack con sus brillantes ojos azules y una sonrisa de oreja a oreja. Jack se giró hacia Cece y le dio el café.

—Así que éste es tu hijo…

Capítulo 4

Nuestro hijo.

Naturalmente, Jack no había dicho eso, sino «tu hijo». Pero en la mente de Cece, sus palabras sonaron de un modo bien distinto.

Se quedó sin aliento en sentido literal, con la sensación de que sus pulmones iban a estallar de un momento a otro. Ni siquiera era capaz de moverse; estaba convencida de que Jack notaría el parecido de Theo y sabría la verdad.

Los segundos se le hicieron interminables. No era posible que no se diera cuenta.

Miraría al pequeño con más atención y soltaría un grito de rabia o una andanada de recriminaciones, acusaciones y protestas.

Pero no pasó nada. Jack se limitó a darle el café tranquilamente y ella lo recogió con la misma cautela que dedicaba a las arañas que se colaban de cuando en cuando en la casa. La política de Cece en lo relativo a las arañas era bastante estricta: apreciaba que contribuyeran al equilibrio del ecosistema, pero no las quería en sus habitaciones. En cierta forma, se parecía a su relación con Jack.

Su primer impulso, el de ordenar a Theo que se marchara de allí, casi le había provocado una risa histérica. Sólo tenía veintitrés meses, pero ya era tan obstinado que se resistía a obedecer cualquier orden. En eso había salido a su padre. Su segundo impulso, el de echar a Jack tan rápidamente como fuera posible, había fracasado. Ahora sólo le quedaba la esperanza de que una trampilla se abriera por arte de magia debajo de sus pies y desapareciera de repente.

—Gracias por el café, pero ¿qué estás haciendo aquí?

—He venido a ayudarte con la mudanza.

—Ah… ¿y por qué quieres ayudarme con la mudanza?

Mientras hablaban, el niño se había puesto a correr a su alrededor y no dejaba de repetir: —¡Mudanza! ¡Mudanza! ¡Mudanza!

Jack lo miró con humor.

—Vaya, es un chico muy…

—¿Energético? ¿Insoportable? —preguntó su madre.

—No, no, muy inteligente.

—Sí, eso es verdad. Aunque la gente no se suele dar cuenta.

—Porque se mueve tanto que no les da tiempo a pensar —bromeó.

—¡Mudanza! ¡Mudanza! ¡Mudanza! —siguió Theo.

Por fortuna, el pequeño salió corriendo hacia su habitación.

—Bueno, supongo que…

Cece no terminó la frase. Había estado a punto de decir que suponía que él había sido igual que Theo de niño.

—¿Sí?

Nerviosa, dijo lo primero que se le ocurrió para salir del paso: —Supongo que sólo pasabas por el barrio…

—No, he venido a ayudarte.

—Pues llegas tarde. Ya casi he terminado. Pensaba salir hacia la mansión Hudson en cuanto se descongestione un poco el tráfico.

Jack arqueó una ceja. Sabía que estaba mintiendo por la sencilla razón de que el tráfico de Los Angeles no mejoraba nunca. Ella lo miró y lo encontró sumamente atractivo. No se había dado cuenta de hasta qué punto lo echaba de menos. Y no sólo por el sexo.

Cece extrañaba su compañía, su camaradería y, por extraño que fuera, todo lo que no habían llegado a tener. Aquella relación, con su combinación única de amistad y sexo, contenía la promesa de algo maravilloso; tenía el potencial de convertirse en algo más profundo y más sentido.

Jack era una tentación excesiva.

Sólo llevaba unos segundos en la casa y ya la estaba volviendo loca. Pero Theo regresó entonces con su triciclo y salvó la situación.

—¿Te vas a llevar el triciclo? —preguntó él.

—No —respondió Cece.

—¿No? —intervino el niño.

El pequeño se mordió el labio y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No puede ser, cariño —explicó su madre con resolución—. No podemos llevarnos tu triciclo. En el coche no hay sitio para todo.

—Yo tengo sitio de sobra en el mío.

Cece miró a Jack. Pero él no lo notó porque sólo tenía ojos para su hijo.

—¡Bien! —exclamó Theo.

—No, Theo. No podrás usarlo en el sitio al que vamos.

—¿Qué dices? ¿Ya has olvidado todos los patios y jardines de esa casa? Hay sitio de sobra para que pueda jugar —le recordó.

—Voy a casa de tu abuela a trabajar. No tendré tiempo para acompañarlo a dar paseos con su triciclo —alegó.

—Pues lo acompañaré yo.

Theo miró a los dos adultos como si estuviera calculando si Jack podía ser un buen aliado. Y debió de pensar que sí, porque lo miró con una sonrisa de oreja a oreja y exclamó: —¡Triciclo!

—Lo que me faltaba —dijo Cece con sarcasmo—. Pero bueno, ¿quieres responder de una vez a mi pregunta? ¿Qué estás haciendo en mi casa?

—Ya te lo he dicho. He venido a echar una mano… aunque veo que no soy bien recibido.

Cece pensó que había acertado de lleno. Y no sólo no era bien

recibido, sino que esperaba que no pasara a menudo por la mansión de su abuela.

—No, es que tu aparición me sorprende. Si solamente quisieras ayudarme, podrías haber enviado a alguien y haberte ahorrado el viaje. Esto no me parece propio de ti.

—En este momento, el guión de *Honor* es mi prioridad absoluta.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que, necesites lo que necesites, sólo tienes que pedirlo y lo tendrás.

—Magnífico —dijo.

Cece intentó sonar agradecida, pero él notó el fondo de resignación en su voz.

—Ahora lo entiendo… no quieres que esté con tu hijo.

Jack se metió las manos en los bolsillos. Llevaba una camiseta de color verde oscuro que acentuaba la anchura de sus hombros e insinuaba los músculos de su pecho. No se podía decir que fuera elegante, pero aquel hombre estaba atractivo con cualquier cosa.

Sin embargo, el atractivo de Jack era la menor de sus preocupaciones en ese momento.

Y mentir no tenía ningún sentido.

—Es cierto. No te quiero cerca de mi hijo.

—¿Te importa decirme por qué?

A Cece le importaba bastante. Por miedo a que descubriera que era su padre; pero también, porque verlo en compañía de Theo alimentaba sus esperanzas de retomar su relación.

Como no tenía otra salida, evitó responder.

—¿Crees que debería dar saltos de alegría ante la perspectiva de que pases tiempo con él?

Jack frunció el ceño.

—¿En tan mal concepto me tienes?

—Digamos que no me pareces el hombre más fiable del mundo.

Jack hizo un gesto de dolor. Pero fue un gesto fingido, exagerado, una simple broma.

—Y seguro que estás convencida de que me merezco ese comentario.

—Sólo estoy convencida de que será mejor que mantengamos las distancias durante los meses venideros. Así no tendremos que hablar de lo que yo creo que mereces.

—Me parece bien. Aunque sabes que nunca haría daño a tu hijo.

Esa vez, Cece notó un destello de dolor real en su mirada. A pesar de todo lo que había pasado entre ellos, no soportaba la idea de hacerle daño.

—Sí, lo sé, pero es un niño muy sensible. Dentro de unos meses desaparecerás de su vida y no volverás. Si se acostumbra a tu presencia, se llevará un disgusto.

Jack la observó un momento antes de hablar. Y cuando lo hizo, había arrepentimiento en su voz.

—Cece, sobre lo que pasó…

—Sea lo que sea lo que vayas a decir, no es necesario. No me arrepiento de nada.

—¿En serio?

Cece se arrepentía de muchas cosas, pero la verdad era demasiado compleja y decidió atenerse a la mentira, más fácil.

—Por supuesto que no. No esperarías que siguiera llorándote después de tantos años…

Jack la miró como si no la creyera, lo cual resultó muy humillante. Cece esperaba que no se diera cuenta. Así que empezó a enumerar los supuestos beneficios de haber terminado la relación.

—Piénsalo un momento, Jack. Si no hubiéramos roto, yo nunca me habría mudado a Francia. No habría estado con mi madre, ella no habría vuelto a actuar, yo no habría escrito el guión de La ola y tampoco habría adoptado a Theo. En más de un sentido, romper contigo ha sido lo mejor que me ha pasado.

—Entonces, deberías alegrarte de que pase algún tiempo con él. Cuando salga de su vida, es probable que le toque la lotería —bromeó.

Ella sonrió a su pesar.

—Lo dudo. No suelo comprar.

—Pues debería empezar de inmediato. Pero hablando en serio, dudo que le haga ningún daño por echarle un vistazo mientras juega con el triciclo en la mansión.

Cece lo maldijo por dentro. Jack siempre conseguía tener razón y salirse con la suya.

Entrecerró los ojos y declaró:

—Márchate de una vez. Seguro que tienes cosas más importantes que hacer.

—No, soy todo tuyo.

Cece se mordió el labio y contuvo un gemido de frustración. Lo de estropearle los planes y silenciar sus objeciones era típico de Jack. Pero por otra parte, lo conocía lo suficiente como para saber que se distraía con mucha facilidad. En cuanto estuvieran en la mansión Hudson y empezara a trabajar con el guión, olvidaría el ofrecimiento de cuidar de Theo. Seguramente, lo había dicho por decir.

Sólo esperaba que, cuando por fin se alejara del niño, Theo lo olvidara con la misma facilidad.

Jack miró a Theo, que corría por el prado de la mansión Hudson. Cece iba detrás, con un bolso en un hombro y la bolsa del ordenador en el otro. Por lo visto, se había vuelto masoquista sin darse cuenta.

Lillian se había empeñado en que Cece escribiera el guión de *Honor* y lo había obligado a hablar con ella para que intentara convencerla. Pero eso ya lo había conseguido, y también había logrado que se mudara a la mansión. Ya no tenía motivos para seguir allí. Podía volver a su despacho y dedicarse a responder llamadas y correos electrónicos mientras esperaba tranquilamente a que Cece terminara el guión.

Ése era su plan original, pero las cosas habían cambiado. De repente se había encontrado con un triciclo lleno de barro, una carretilla y un frasquito para hacer burbujas en el asiento trasero de su coche de cien mil dólares.

Antes de que encontrara respuesta para aquel acertijo, Cece se giró y lo miró con los brazos en jarras. Sin darse cuenta, Jack se había detenido.

—Eh, tipo lento, si no tienes nada mejor que hacer, acércate a mi coche y trae algo del maletero —ordenó.

Dentro del vehículo de Cece, una camioneta roja, encontró dos maletas, una bolsa de viaje y dos cajas, que contenían libros del niño y de ella, respectivamente. Puso una caja encima de la otra y las levantó con bastantes dificultades.

—Cuidado. Pesan mucho.

—¿Todo esto era necesario?

—A mí no me mires. Ha sido idea tuya.

—No, me refiero a lo de los libros. ¿Necesitas tantos?

Ella se encogió de hombros. Jack llegó a su altura y caminaron hacia la casa.

—Si quieres que una guionista escriba, debe tener libros a mano. Así funcionan las cosas. Además, si pesan demasiado es culpa tuya; nadie te ha dicho que trajeras las dos al mismo tiempo —afirmó.

—Si lo llego a saber, no lo habría hecho.

Cuando entraron en la casa, ella le sostuvo la puerta y Jack se sorprendió con lo bien que se llevaban. Estaban relajados, cómodos. Como si no hubiera ocurrido nada malo entre ellos, como si no hubiera pasado el tiempo.

Aquello lo irritó un poco, aunque no supo por qué. Teóricamente, debía alegrarse de que Cece le facilitara las cosas y de que ya hubiera superado el dolor de la ruptura.

Tres años antes, cuando la abandonó, Jack se convenció de que estaba haciendo lo mejor para ella. Había crecido a la sombra de un padre que manipulaba constantemente a su mujer y que abandonó a sus hijos cuando ella murió. A Charlotte, su hermana pequeña, la dejó al cuidado de sus abuelos maternos; a él, en casa de Lillian y Charles. Por experiencia propia, Jack sabía que las relaciones amorosas podían ser profundamente destructivas. De hecho, se había prometido a sí mismo que nunca se enamoraría de nadie. Y cuando Cece insinuó que buscaba algo más que una relación sexual, decidió romper con ella.

En aquel momento, pensó que se estaba sacrificando por un bien mayor. Fue la primera vez en su vida en que antepuso el bienestar de otra persona al suyo. Se alejó de ella para no romperle el corazón, aunque le dolió mucho más de lo que había imaginado. Y ahora resultaba que el corazón de Cece estaba perfectamente.

Cuando entraron en la casa, el niño salió corriendo.

—No, Theo, no es por ahí —dijo Cece—. Es por las escaleras.

Theo hizo caso omiso y siguió adelante hasta que tropezó con Hannah, el ama de llaves de los Hudson. La mujer lo alzó en vilo y lo miró con atención.

—Vaya, tú debes de ser el joven Theo.

—Lo siento, Hannah —se excusó Cece—. Intentaré que no se dedique a corretear por ahí…

—Tonterías. Hace mucho tiempo que no tenemos niños en la mansión. Los niños consiguen que te sientas más joven, y eso no le viene mal a nadie.

—¡Quiero bajar! —protestó el pequeño.

—Theo…

—¡Por favor!

Hannah sonrió, encantada, y lo dejó en el suelo.

—Está bien, está bien… pero deja que te enseñe tus habitaciones. Están en el tercer piso. Si te dedicas a subir y bajar por las escaleras, te cansaras tanto que hasta es posible que tu madre pueda trabajar en paz —bromeó.

—Sí, no estaría mal —murmuró Cece.

Jack dejó las cajas de libros en el suelo.

—Parece que ya tiene a Hannah comiendo de su mano.

Cece miró a la mujer, que ya se alejaba con el niño por las escaleras.

—Hannah siempre ha sentido debilidad por los hombres —dijo con una sonrisa nostálgica—. Es decir, por los niños… en qué estaría yo pensando.

La súbita risa histérica de Cece intrigó a Jack, que se acercó.

—Si no te conociera mejor, pensaría que quedarte a solas conmigo te pone nerviosa.

—Por suerte, me conoces mejor.

Ella se alejó entonces, pero Jack se acercó de nuevo, la agarró del brazo y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Me sorprende la naturalidad con la que te tomas lo que pasó entre nosotros. Lo has superado francamente bien —dijo él, con desconfianza.

—¿Te sorprende? ¿Es que no me crees? —preguntó.

—Admítelo. Te estabas enamorando de mí.

Jack ni siquiera supo por qué lo dijo. Debía alegrarse por ella. Se suponía que la había abandonado porque creía que era lo mejor para Cece. Pero, en lugar de felicitarla, la acosaba para que confesara que no le había resultado nada fácil.

—¿Por qué habría de admitirlo? No es cierto, no me estaba enamorando de ti. Tal vez sea que necesitas que te halaguen un poco. ¿Qué ocurre? ¿Últimamente no tienes suerte con las mujeres?

Jack no dijo nada. Ella le dio un golpecito en la mano y añadió: —Está bien, has acertado. Estaba loca por ti.

El se rió de la broma y pensó que la madre de Cece no era la única mujer de su familia con habilidades dramáticas.

—Buen intento, pero sé que es verdad. Te hice daño.

—Me ofendiste, que es distinto.

Cece alzó los ojos al cielo y se dirigió a las escaleras.

Jack la siguió y la detuvo en el primer rellano. La piel de Cece estaba caliente bajo la ropa. Sus brazos seguían siendo delicados, pero fuertes; como ella.

—Lo hice para protegerte.

—¿Cómo?

—No habría sido un buen marido. Ni siquiera sirvo para novio.

Ella le apartó la mano.

—Eso ahora lo sé. Algunas personas buscan excusas con las relaciones amorosas porque es más fácil que seguir adelante y ver lo que pasa.

Jack notó un tono de amargura en sus palabras.

—En cualquier caso, lamento que termináramos así.

Ella lo miró con desconfianza durante unos segundos, pero al final asintió y le dedicó una sonrisa traviesa.

—No lo lamentes. Como he dicho antes, fue lo mejor que podría haber pasado — bromeó—. Además, ¿qué importa? Nadie sufrió en exceso y, después de tantos años, seguimos siendo amigos. ¿Verdad?

—¿Somos amigos? ¿En serio?

Cece lo miró y le acarició el ceño fruncido con una ternura inesperada.

—Siempre te he considerado un amigo, Jack.

Él le tomó la mano.

—¿Por eso me has evitado durante tres años?

—Yo no te he evitado.

—¿Y cómo lo llamarías tú?

—Simple mala suerte, supongo. Los Angeles es una ciudad muy grande, Jack. Tú vives en una punta y yo, en la otra. No tiene nada de particular que nuestros caminos no se hayan cruzado. Además, tampoco se puede decir que te hayas dedicado a llamar insistentemente a mi puerta.

—¿Y qué me dices de tu amenaza de no volver a trabajar con los Hudson?

—Que es evidente que no pienso cumplirla. De lo contrario, no estaría aquí — respondió—. Jack, el pasado es el pasado. Ya no importa.

Esa vez, cuando Cece se giró para seguir adelante, él la dejó ir sin intentar detenerla.

No sabía si estaba mintiendo sobre sus sentimientos. Por mucho que afirmara lo contrario, era una gran actriz, especialmente cuando se trataba de proteger su corazón. Pero Jack la conocía, lo sabía de sobra.

Tal vez por eso, sospechaba que Cece le estaba mintiendo con algo importante. Y fuera lo que fuera, lo averiguaría.

Capítulo 5

Cece terminó de tomar notas sobre el cabaret parisino donde Lillian cantaba cuando Charles y ella se conocieron.

—¿Te acuerdas de las canciones? ¿Recuerdas sus nombres? —preguntó.

Lillian sonrió con la mirada perdida, como si estuviera viendo algo que sólo ella alcanzaba a ver.

Tarareó unas cuantas notas y dijo:

—Por supuesto que sí. Me acuerdo como si fuera ayer. *Comme moi* fue siempre mi favorita, pero Charles prefería *Mon homme*.

Cece anotó rápidamente los nombres de las canciones y pensó que la próxima vez llevaría una grabadora. Las notas escritas la ayudaban a recordar sus pensamientos e impresiones durante una entrevista; las grabaciones, en cambio, eran más útiles para los hechos, los nombres y las fechas.

—Charles me dijo en una ocasión que, cuando me vio cantando *Alón homme* por primera vez, supo que me convertiría en su esposa.

La voz de Lillian se quebró un poco por la emoción de los recuerdos. Charles había sido el amor de su vida y, a pesar de que ya habían transcurrido catorce años desde su muerte, todavía lloraba su pérdida.

Siempre había sido una mujer fuerte, pero no con Charles. Aquel amor era el centro de su existencia y de la propia familia. Todos sufrieron mucho cuando falleció.

Cece alzó la mirada y no le extrañó que hubiera lágrimas en los ojos de Lillian. Sin embargo, se sorprendió mucho cuando vio que las manos le temblaban un poco y que parecía completamente agotada, como si en lugar de llevar trabajando unas cuantas horas, llevaran todo el día.

—Creo que ya tengo bastante por hoy —dijo Cece, desperezándose —. ¿Por qué no lo dejamos para otro momento?

Lillian sonrió, aliviada. Pero preguntó:

—¿Estás segura?

—Sí, desde luego que sí. Además, tengo que ver qué está haciendo Theo. Si te parece bien, seguiremos mañana por la mañana.

—De acuerdo, pero que sea después de desayunar.

Cece subió al tercer piso, dejó la libreta en su dormitorio y fue a buscar a su hijo. Sabía que María se lo había llevado a la piscina, así que antes se puso el bañador negro, se cubrió con una camisa y alcanzó una toalla.

Pero cuando llegó a su objetivo, no encontró a María, sino a Jack.

Estaba con el niño en la parte donde el agua cubría menos. Jack

llevaba un bañador largo y ancho, pero lo suficientemente apretado por arriba como para que acentuara la estrechez de sus caderas. Estaba muy moreno, y la belleza masculina de su torso desnudo acabó con las esperanzas de Cece. Esperaba haber superado el deseo después de tantos años, pero lo encontró delicioso, irresistible.

Y por si eso fuera poco, cuidaba de su hijo como si lo apreciara de verdad.

De hecho, los dos estaban tan concentrados en sus juegos que no la vieron acercarse.

Cece se sintió culpable por haber engañado a Jack con lo de Theo, pero intentó concentrarse en su irritación. No convenía que se hicieran amigos. No era bueno para su hijo.

—Venga, pequeñajo, puedes hacerlo…

Jack intentaba que Theo bajara del escalón donde se encontraba y se metiera más en el agua. A Cece no le preocupó, porque pensó que no tendría éxito. Lo llevaba a la piscina del barrio todas las semanas y a Theo le asustaba tanto que empezaba a gritar en cuanto se sentía un poco inseguro.

Por muy atractivo que estuviera aquel hombre en bañador, ella conocía a su hijo mejor que él.

Cece se cruzó de brazos y esperó a que Theo gritara, como siempre.

—Vamos, adelante… ¡a la de tres! Cece contuvo la respiración.

—Uno…

El niño seguía sin gritar.

—Dos…

Theo empezó a reír.

—¡Tres!

Para sorpresa de Cece, Theo saltó del escalón con toda la tranquilidad del mundo. Jack lo tomó entre sus brazos.

—¡Más! ¡Más! —chilló.

—Bueno, una vez más. Pero ahora me pondré más lejos y tendrás que venir solo.

Cece se sintió totalmente traicionada por su propio hijo. Lo había llevado a la piscina durante un año y nunca había conseguido que se atreviera a tanto. En cambio, Jack lo había logrado en su primer intento.

—¿Qué diablos está pasando aquí?

—¡Estoy nadando! ¡Mamá! ¡Mira!

Jack notó el mal humor de Cece y comentó:

—Vaya… nos han pillado *in fraganti,* Theo.

—¿Pillado? Luego sabías que no te habría dado permiso…

—¡Nado, mamá! ¡Nado!

Ella forzó una sonrisa. Tensa.

—Ya lo veo, Theo. Me siento muy orgullosa de ti.

Jack sacó al niño del agua, le puso una toalla sobre los hombros y le dio una palmadita para que se marchara a la casa.

—¿Por qué no vas a la cocina y le preguntas a Hannah si ya ha preparado tu bocadillo?

El niño se alejó rápidamente, repitiendo una y otra vez: —Nadar, nadar, nadar…

—¿Dónde está María? —preguntó Jack.

—La han llamado del colegio. Su hija se ha puesto enferma.

—¿Por qué no me ha dicho nada?

—Porque le he pedido que no te interrumpiera. Sé que a Lillian le gusta descansar por la tarde y que no tendrías mucho tiempo. Además, yo estaba en la piscina. Le he dicho que me encargaría del pequeñajo hasta que terminaras.

Ella abrió la boca, dispuesta a discutir. Pero no se le ocurrió nada racional.

—Ya veo que te llevas muy bien con mi hijo. Hasta lo llamas pequeñajo —protestó.

Jack la miró con humor.

—Vamos, Cece. No me digas que eso te ha molestado.

—Me ha molestado que lo metas en el agua sin mi permiso.

Cece era consciente de que se estaba excediendo. En primer lugar, sus protestas estaban tan fuera de lugar que hasta a ella le parecían ridículas; en segundo, sabía que debía alegrarse de lo sucedido: su egoísmo y su enfado con Jack la habían empujado a negarle el padre a Theo. Ahora, por lo menos, podría disfrutar de su atención de vez en cuando.

—¿Por qué no me dices la verdad, Cece? ¿Qué está pasando aquí? No puedo creer que te enojes conmigo por algo tan irrelevante.

Jack se colgó su toalla al cuello y agarró las puntas con las manos, de manera que el movimiento acentuó las líneas de sus músculos.

Ella tuvo que apartar la mirada.

—Cece…

—No es nada importante —respondió al fin—. Sólo son celos, supongo. Theo nunca se había atrevido a tanto conmigo.

Jack se acercó, le puso las manos sobre los hombros y la miró con una expresión de preocupación sincera.

—¿A qué te refieres?

—A lo de saltar del escalón.

El rió.

—¿Te has enfadado por eso?

—No es tan ridículo como parece.

—Por supuesto que lo es. Por tu reacción, he llegado a pensar que la vida de Theo ha estado en peligro de algún modo —afirmó, con ojos brillantes—. No sé, como si el pobre se fuera a derretir al contacto con el agua…

Ella también rió.

—Está bien, me he pasado un poco.

—¿Sólo un poco?

Cece lo miró.

—¿Hay alguna posibilidad de que te olvides del asunto?

—No, ninguna —declaró, pasándole un brazo por encima de los hombros—. Venga, vamos a tomarnos un par de limonadas. A Hannah le sale muy bien.

Caminaron hacia la casa. Cece intentó mantener la calma y no pensar en el cuerpo de Jack, ni en su aroma a jabón ni en su piel morena.

Sin embargo, no lo consiguió. Así que se apartó de él y dijo: —Bueno, tampoco me he pasado tanto.

—No, claro que no. Supongo que es normal que te preocupes por Theo. Yo no sé nada de esas cosas… a fin de cuentas, no soy padre.

Las palabras de Jack la atravesaron como un cuchillo.

Cece trastabilló, pero él no se dio cuenta. Cuando llegó a la casa y vio que se había quedado un poco atrás, preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí, claro.

Cece no se encontraba bien en absoluto. Lo de la piscina sólo le había molestado porque Jack no era un hombre cualquiera, sino el padre de Theo. Y porque tenía la impresión de que, de algún modo, de una forma que no alcanzaba a imaginar, el niño y él sabían que estaban unidos por un lazo familiar.

Pero además, había otra cosa. Cece tenía miedo de que Jack le robara su afecto.

Interior del Casino de Marsella. De noche.

Charles entra al club, que está lleno de humo y escasamente iluminado. Desde la calle se oyen las voces de los soldados que siguen en la entrada. Se abre paso entre la multitud de ciudadanos franceses y soldados alemanes. La banda, que está interpretando Comme moi, apenas logra hacerse oír entre los gritos de la gente. Lillian sale al escenario.

Lillian: Le rideau de soie bleue, comme moi…

Mientras canta, Lillian avanza entre los espectadores y pasa una mano por el hombro de un general.

Cece dejó de escribir y apretó los puños.

—Maldita sea. ¿Cómo se llamaba?

Echó un vistazo a la libreta y pasó varias páginas.

—El nombre del general… ¿cuál era? Será posible…

Estuvo a punto de pegar un puñetazo en la mesa de madera. Pero en lugar de descargar su ira, se metió un caramelo de canela en la boca e intentó recordar.

No lo consiguió.

Se levantó. Sabía que podía escribir la escena sin recordar el nombre del general. No era importante en absoluto. Si lo llamaba general Bugs Bunny, nadie notaría la diferencia. Podía poner cualquier cosa para salir del paso y corregirlo más tarde.

Miró el teléfono y pensó que también podía llamar a Lillian y preguntarle. Hannah le había mencionado que llevaba un móvil encima para que pudiera localizarla en caso de necesidad y, como ella había apuntado el número en la libreta, sólo tenía que marcarlo para ahorrarse el viaje.

Pero al final, prefirió bajar. Sabía que a Lillian no le importaría que la interrumpiera.

Ya se habría despertado de su siesta de la tarde y estaría viendo su serie preferida, como hacía todos los días desde que Cece podía recordar.

Ya se dirigía a la puerta del despacho cuando sintió la tentación de asomarse a la ventana, que daba a la parte posterior de la casa y a la piscina.

Tal y como sospechaba, Jack y Theo estaban allí. Theo se había empeñado en ponerse un bañador muy parecido al de su padre, de casi el mismo color. Incluso en la distancia, Cece notó el brillo del sol en la piel morena del hombre al que había amado.

María todavía no había vuelto. Su hija tenía la escarlatina, que era muy contagiosa, así que no convenía que se acercara a Theo en varias semanas.

Con María fuera de juego, la tarea de cuidar de Theo recaía en Hannah. Al ama de llaves no le importaba en absoluto, pero Jack quería echarle una mano con el niño y pasaba todas las tardes por la casa.

A Cece le venía bien, porque así podía trabajar sin interrupciones. Sin embargo, eso no quería decir que no hubiera protestado. Lo había hecho, y mucho. Había alegado que un ejecutivo de un estudio de cine tenía cosas más importantes que hacer. Pero sus protestas cayeron en

oídos sordos. Jack se limitó a responder lo que ya había dicho con anterioridad, que aquel guión era su prioridad absoluta.

Aunque Jack tenía razón y Cece sabía que su incomodidad se debía a los celos, no se sentía nada cómoda. Cuanto más tiempo estuvieran juntos padre e hijo, más le dolería al pequeño que se alejara de él. Y lo haría. Como lo había hecho con ella.

Pero naturalmente, eso sólo era la punta del iceberg. Más tarde o más temprano, Jack notaría el parecido entre los dos. Se daría cuenta de que Theo tenía su mismo pelo, su misma sonrisa y hasta los legendarios ojos azules de los Hudson, unos ojos que a veces parecían pálidos y, a veces, con la emoción, se oscurecían.

No, Jack no era tonto. Terminaría por descubrir la verdad. Incluso le extrañaba un poco que no se hubiera dado cuenta todavía. Tal vez lo supiera y se negara a creerlo porque nunca había querido ser padre.

De momento, sin embargo, no podía hacer nada salvo mirar y preocuparse. No podía evitarlo. Si protestaba, sólo conseguiría alimentar las sospechas de Jack. La mejor solución era cerrar la boca y concentrarse en el guión.

Alcanzó la libreta y se dirigió a las escaleras con intención de ver a Lillian, conseguir las respuestas que necesitaba y volver al despacho del tercer piso. No tenía intención de acercarse a la piscina. O eso pensó.

Cuando llegó a la habitación de Lillian, llamó y abrió la puerta.

—Siento interrumpirte, pero…

Cece dejó de hablar.

Lillian estaba echada en el suelo, junto a su mecedora preferida.

Asustada, dejó caer la libreta y se arrodilló a su lado.

—Dios mío… —murmuró—. Que se ponga bien, por favor…

Le tomó el pulso, buscó en sus bolsillos y localizó el teléfono móvil que Hannah le había dado. A continuación, marcó el número de urgencias y dijo: —Envíen una ambulancia a la mansión Hudson. Es en Loma Vista Drive, en Beverly Hills.

Capítulo 6

Jack pensó que no habría sobrevivido a aquel día sin la ayuda de Cece. Como él era el único miembro de la familia que estaba en la mansión, acompañó a su abuela en la ambulancia. Allí lograron que recobrara el conocimiento, y Lillian empezó a protestar y se negó a que la llevaran al hospital. Al final, fue la insistencia y la paciencia de Cece lo que lograron convencerla.

Hannah quería ir con ellos, pero no tuvo más remedio que permanecer en la casa porque alguien debía cuidar del niño. Horas después, cuando los médicos ya le habían hecho las pruebas necesarias a Lillian y la habían llevado a una habitación, Cece se encargó de llamar a todos los Hudson y de darles la mala noticia. Todos se encontraban en el estudio de cine, con la excepción de Sabrina y de Bella, que estaban de compras. Y como el trafico de Los Angeles era terrible, tardarían al menos una hora en llegar.

Cece notó el nerviosismo de Jack y lo envió a buscar unos cafés. Él volvió en el preciso momento en que ella salía de la habitación de Lillian.

—Se acaba de quedar dormida.

—¿Ha venido el médico?

—Sí, me ha hecho esperar en el pasillo. Y cuando ha salido, ha repetido que no podrá decimos nada hasta que tengan los resultados de las pruebas.

—Comprendo.

—Por supuesto, he insistido, pero no ha servido de nada. Me ha asegurado que volvería dentro de unos minutos.

Jack le dio uno de los cafés.

—Has hecho una costumbre de lo de traerme café —bromeó ella—. Gracias. Menos mal que recuerdas cómo lo tomo…

Jack agradeció su sentido del humor. Su pánico inicial había desaparecido poco a poco, con el paso de las horas, pero aún podía sentir los efectos del estrés. Era como una resaca, aunque más profundo.

Cece se había portado tan bien con ellos que se preguntó cómo era posible que hubiera abandonado a aquella mujer.

—¿Creías que lo había olvidado? ¿De verdad crees que he olvidado un solo minuto del tiempo que estuvimos juntos?

Ella lo miró con intensidad y sacudió la cabeza. Después, puso unos metros de distancia entre ellos y probó el café.

—Lo que yo creo es que tienes demasiado encanto y más audacia que sentido común en lo relativo a las mujeres, Jack. No puedo creer que intentes coquetear conmigo cuando acaban de ingresar a tu

abuela en un hospital.

—¿Tan mala opinión tienes de mí?

—¿Qué quieres que piense?

Jack la miró sin saber qué responder.

—¿Sabes lo que he aprendido de los hombres durante estos años, Jack? Que en general tienen tres características comunes: rabia contenida, deseo y miedo a expresar ningún otro sentimiento. Bien pensado, tú actitud no debería sorprenderme. No quieres enfrentarte al hecho de que tiene casi noventa años y de que podemos perderla.

Jack permaneció en silencio.

—Aunque lo de ahora no sea importante —continuó—, se está haciendo vieja y no la tendremos siempre a nuestro lado. Pero no quieres asumirlo. Por eso coqueteas conmigo, porque rendirse a la atracción física es más fácil que afrontar la tristeza.

El comentario de Cece lo molestó tanto que la irritación se impuso al deseo. Por lo menos, en su tono de voz.

—Parece que lo sabes todo de mí —espetó.

—Yo no he dicho eso.

—Pero crees saber cómo me siento.

—¿Vas a decir que no tengo razón?

La confianza de Jack se resquebrajó. La boca de Cece era responsable de gran parte de su atractivo, pero la prefería cuando no se dirigía contra él.

Extendió un brazo, la agarró de la muñeca y tiró de ella de tal manera que Cece perdió el equilibrio y terminó apoyada en su pecho. Después, Jack la soltó y llevó una mano a su nuca. Cece quedó atrapada y a sólo unos milímetros de sus labios.

Los sonidos del hospital unieron el paradójico efecto de aumentar la tensión. En algún pasillo del edificio, una enfermera empujaba un carrito con ruedas que traqueteaba. Lo único que se oía, además de eso, era la respiración agitada de Cece.

Jack estaba seguro de que las pulsaciones de Cece se habían acelerado. Como las suyas propias.

—Tal vez tengas razón. Es posible que prefiera no pensar en el estado de Lillian. Pero eso no significa que no te desee. Y, a diferencia de ti, yo no me empeño en fingir que entre nosotros no hay nada —declaró.

Cece entreabrió los labios y Jack recordó todo lo que sentía cuando se besaban. Se acordó de sus labios suaves y de su sempiterna reacción inicial, de sorpresa, como si nunca se lo esperara o como si creyera que aquélla iba a ser la última vez.

Y también se acordó del sabor a canela. Cece siempre tomaba

caramelos de canela cuando estaba escribiendo un guión, y el sabor se le quedaba en la boca.

Ninguna otra mujer sabía como ella. Sus labios, sus besos y sus caricias eran únicos.

Cuando estaban juntos, Jack tenía la seguridad de que estaban solos en el mundo y de que no necesitaba nada más para seguir viviendo.

La miró y sintió el impulso irrefrenable de volver a besarla.

Sin embargo, pensó que podía tener razón. Tal vez estuviera esquivando su preocupación por Lillian. Tal vez.

Le alzó la barbilla, inhaló el aroma a canela de su boca y descendió sobre ella.

Jack no llegó a besarla. Cece lo estaba esperando, deseándolo incluso, pero él la soltó y retrocedió inmediatamente.

El hecho de que Max Hudson, uno de los primos de Jack, apareciera en ese momento por el pasillo, no sirvió para que Cece se sintiera menos frustrada. De hecho, casi empeoró la situación. Mientras Max se acercaba a ellos, notó el brillo de curiosidad y quizás de recriminación en sus ojos. Era lo que le faltaba. Su única esperanza era que todo aquello fuera un mal sueño.

—Cece…

Por el tono de voz de Max, Cece supo que no se alegraba de verla. Tal vez pensara que ella no tenía derecho a estar allí, en el hospital; o tal vez se hubiera molestado al ver que estaban a punto de besarse. Fuera como fuera, las dos posibilidades eran igualmente desagradables.

—Es una suerte que Cece encontrara a Lillian a tiempo —explicó Jack—. Si no llega a ser por ella, quién sabe lo que habría pasado.

Cece se sentía tan mortificada que se marchó con la excusa de hablar con el médico. No tuvo suerte, y volvió justo cuando Dev y Markus, primo y tío respectivamente de Jack, aparecieron en el pasillo. Bella y su madre, Sabrina, llegaron poco después. Cece se sorprendió al ver que Bella no llevaba a su perro, Muffin. Siempre iba con él a todas partes, incluso cuando iba de compras. Pero naturalmente, no le habrían permitido que lo metiera en el hospital.

Luc y su prometida, Gwen McCord, se presentaron al cabo de unos minutos. La única que faltaba era Charlotte, quien a fin de cuentas había crecido muy lejos, con sus abuelos maternos. Ahora trabajaba para su abuelo, que era embajador en Monte Alegre. Cece le había dejado un mensaje en el contestador, pero dio por sentado que seguía

en el extranjero. En cuanto al padre de Jack, David, sabía que estaba trabajando en Praga, en la producción de una película.

Los Hudson eran un grupo cerrado y recalcitrante, los últimos de las grandes dinastías de Hollywood, lo más parecido en Estados Unidos a una familia de la realeza. Cece había crecido con ellos y siempre notaba los muros que habían levantado a su alrededor para proteger a su familia del mundo.

—¿Cuándo la han ingresado?

—¿Qué ha pasado exactamente?

—¿Alguien ha hablado con el médico?

Jack respondió las preguntas. Cece ya estaba considerando la posibilidad de escabullirse discretamente cuando el médico apareció. Como ella era la primera persona con la que había hablado, también se dirigió a ella en esa ocasión.

—Tal vez deberíamos discutirlo en la habitación de Lillian —intervino Jack.

Cece intentó retirarse, pero Jack le pasó un brazo alrededor de la cintura y la obligó a acompañarlos al interior.

El doctor Greenburg era un hombre de barba canosa a quien se podía imaginar con un disfraz de Papá Noel. Cruzó las manos a la espalda y caminó de un lado a otro, aparentemente ignorante del bombardeo verbal que estaba a punto de sufrir.

—Supongo que tendrán muchas preguntas —empezó.

—¿Qué puede decirnos? —se interesó Max.

—Mientras Lillian siga dormida, poca cosa —respondió—. Pero su situación se ha estabilizado.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Bella.

El doctor frunció el ceño.

—Tengo entendido que se desmayó en su domicilio y que…

—No, no me refería a eso —lo interrumpió Bella—. Quiero saber qué hace aquí, en la unidad contra el cáncer.

Los Hudson palidecieron al unísono al oír la palabra «cáncer». Bella miró a sus hermanos y a su primo, arqueó las cejas y preguntó:
—¿Es que nadie ha visto el letrero al salir del ascensor? ¿No sabéis dónde estamos?

—Yo no me había dado cuenta —respondió Cece—. Cuando estaba esperando en la sala de urgencias, me dijeron que se quedaría ingresada y que la habían llevado a la habitación 506. Eso es todo.

Jack se giró hacia el médico.

—¿Es cierto? ¿Mi abuela está aquí porque tiene cáncer?

El doctor Greenburg se aferró a la norma de confidencialidad con los pacientes.

—Me temo que de momento no les puedo decir nada más.

Su contestación provocó una catarata de protestas entre los Hudson. El aire se cargó y Cece no supo si no podía respirar porque estaba muy preocupada por Lillian o porque Jack la abrazaba con más fuerza que antes.

Pero justo entonces, se alzó una voz.

—No importa, doctor Greenburg. Es hora de que lo sepan.

Los Hudson se volvieron hacia la cama y vieron que Lillian se había despertado. Estaba pálida y parecía muy frágil.

Los miró a los ojos, uno a uno, y añadió:

—Tengo cáncer de mama. Sólo me queda un año de vida.

Capítulo 7

No esperaba que Jack la llevara a casa, pero lo hizo.

Cuando Lillian dejó caer la bomba, Cece supuso que su nieto permanecería con ella en el hospital. Pero las cosas se tranquilizaron un poco y Jack se empeñó en llevarla personalmente a la mansión Hudson.

Las protestas de Cece no sirvieron de nada. Jack insistió tanto que pensó que querría hablar sobre su abuela, pero no fue así. Se mantuvo en silencio durante todo el trayecto en coche. Estaba tan tenso que ella no se atrevió a hablar.

No era para menos. La enérgica y vibrante Lillian, la mujer que podía acallar toda una sala con una sola palabra, se iba a morir. Pero no le extrañaba demasiado. Desde la muerte de Charles, Cece tenía la sensación de que Lillian seguía viva de prestado. Era como si ya estuviera muerta en cierto modo, como si no deseara otra cosa que reunirse con su amado esposo.

Eran más de las diez de la noche cuando llegaron a la mansión. Theo y Hannah se habían quedado dormidos delante de la televisión. Cece apagó el aparato y vio que Jack despertaba suavemente al ama de llaves. Después, caminó hacia su hijo con intención de tomarlo en brazos y llevarlo a su dormitorio, pero él se le adelantó.

Cuando miró al pequeño, observó que se había puesto la camiseta de color azul marino que Jack llevaba el día anterior. Hannah vio que lo había notado y dijo: —Insistió en ponérsela y no pude convencerlo de lo contrario. Habrá sentido que algo andaba mal… Supongo que es su forma de afrontar las preocupaciones.

Jack sacó a Theo del salón y ella explicó a Hannah lo sucedido.

—Lo sospechaba —dijo Hannah—. Lillian nunca ha sido una persona que pida ayuda cuando lo necesita. Prefiere guardarse sus problemas.

A pesar de su evidente inquietud, Hannah se dedicó a ir de un lado a otro y a ordenar la habitación con su eficacia de costumbre.

Un segundo después, añadió:

—Será mejor que me vaya a dormir; mañana voy a tener mucho trabajo. ¿Sabes si alguien se ha quedado con ella en el hospital?

—Markus se quedara toda la noche y Sabrina lo sustituirá por la mañana.

Cece se marchó enseguida. Mientras subía las escaleras, se alegró por no tener que cargar a Theo hasta el tercer piso. Pero al mismo tiempo, echó de menos el peso de su hijo.

Hannah les había dado las habitaciones del fondo del pasillo para que tuvieran tanta intimidad como fuera posible, así que tuvo que

recorrerlo hasta el final. Al llegar al dormitorio que compartía con Theo, se encontró con Jack. Estaba esperando delante de la puerta.

—No sabía cuál era su habitación. He supuesto que sería la amarilla porque es la única que parece que se ha usado hace poco. Lo he metido en la cama.

—Has hecho bien. Todavía no se ha acostumbrado a la casa y no logra conciliar el sueño, así que está durmiendo conmigo —explicó.

Jack asintió, pero con expresión distante. El día había sido muy largo y era evidente que estaba preocupado por la salud de Lillian, así que lo acompañó por el pasillo cuando se alejó hacia las escaleras.

—Cece…

—¿Sí?

—No sé qué habría hecho si hoy no hubieras estado a mi lado.

Cece dudó un momento, sorprendida por su declaración. Era obvio que necesitaba hablar, descargar su dolor.

Lo miró y optó por ser sincera.

—Jack, tú me conoces y sabes que lo mío son la ironía y los diálogos inteligentes. Las situaciones emocionales me desbordan por completo. Estoy segura de que muchas mujeres sabrían animarte, encontrar las palabras adecuadas y conseguir que te sientas mejor; pero yo no soy así. Me gustaría serlo, pero no lo soy.

El se detuvo y tomó su cara entre las manos. Estaban a pocos metros de la habitación donde Theo dormía. Todo estaba en silencio, no se oía nada. La luz tenue aumentaba la sensación de tranquilidad general.

—Es cierto, te conozco. Y no espero eso de ti. Jamás te pediría que fueras lo que no eres —declaró—. La sinceridad siempre ha sido una de tus mejores virtudes. Además, no podrías decir nada aunque lo intentaras. ¿Qué se puede decir en circunstancias como éstas? No hay palabras que sirvan.

Cece se estremeció cuando él le acarició la mejilla.

—No, supongo que no —acertó a decir.

—Lillian se está muriendo. No importa lo que…

A Jack se le quebró la voz. Estaba tan emocionado que no podía hablar.

Incapaz de contenerse, Lillian se apretó contra él y lo abrazó con todas sus fuerzas, como si con ello pudiera liberar a Jack de su dolor.

Su cuerpo era duro y cálido y, el calor que emitía, real y vibrante.

En él había algo más que la tensión por lo ocurrido. Había deseo.

Tras unos segundos, Jack inclinó la cabeza y la besó. Esa vez, a diferencia del hospital, no hubo nada ni nadie que los interrumpiera.

A Cece no le sorprendió que aquel abrazo de ternura se

transformara tan rápidamente en uno de pasión. Lo que le sorprendió fue otra cosa: que ella se rindiera a sus besos sin ofrecer resistencia.

Sabía que no debía desearlo. Jack le había roto el corazón y su marcha había estado a punto de destruirla. Además, seguía pensando lo que le había dicho en el hospital, que estaba negando sus emociones y dirigiéndolas hacia el deseo porque no era capaz de afrontar su dolor.

Todo eso lo sabía. Al menos, intelectualmente.

Pero cuando Jack la besó, su racionalidad saltó por la ventana y quedó bajo el dominio absoluto de su cuerpo. De un cuerpo que deseaba a aquel hombre. De un cuerpo que sólo encontró alivio a su necesidad cuando la boca de Jack se cerraba sobre sus pezones, cuando la acariciaba en lo más íntimo de su ser, cuando entraba en ella.

Su beso era el preludio de lo demás. Firme pero suave, inexorable pero persuasivo. Su lengua jugueteó con la de ella y le provocó oleadas de placer. Cece tuvo la impresión de que se derretía contra los músculos de su pecho. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que un hombre la había besado.

Cuando Jack llevó las manos a su trasero y lo apretó, Cece sintió su erección contra el estómago y no pudo más; llevó las manos a su camisa y empezó a desabrocharle los botones.

Jack retrocedió un poco y sonrió.

—¿Pretendes desnudarme?

A pesar de su sonrisa, su mirada era triste. Cece sabía que necesitaba aliviar su dolor con ella, que sólo se trataba de eso. Pero el deseo era mutuo y ella se encontraba en la misma situación. Ninguno de los dos perdería nada.

Buscó una habitación vacía, lo metió dentro y preguntó, después de cerrar la puerta: —¿Qué tiene de particular? Seguro que quieres obtener algo a cambio de todas las veces que te has dedicado a exhibir tu pecho desnudo en la piscina. Me estabas provocando, lo sé muy bien.

Cece ya le había desabrochado la camisa, así que empezó a acariciarle el pecho.

—¿Provocándote? —preguntó él—. La única que estabas provocando eras tú, alardeando por ahí con ese bañador que te pones…

Jack la besó en el cuello. Ella gimió.

—¿El de color negro?

—Sí.

—¿Seguro que estamos hablando del mismo bañador?

—No sabes cuántas veces me ha apetecido arrancártelo.

Mientras hablaba, Jack introdujo una mano bajo su camiseta y le desabrochó el sostén.

Cece tembló de emoción, esperando el momento en que le tocara los pechos.

—Pues yo pensaba que era un bañador muy recatado.

Cece lo dijo con voz inocente. Y le costó mucho, porque en ese momento le estaba desabrochando el cinturón.

—Sí, claro, recatado. Ni te imaginas lo tentador que resulta. Cubre demasiadas partes de tu cuerpo y exalta la imaginación —confesó.

—Oh, me lo imagino perfectamente. Jack le acarició los pezones, endureciéndoselos, y la respiración de Cece se aceleró al instante. Ella quería cerrar los ojos, dejarse llevar por las sensaciones, rendirse a ellas. Pero si él se empeñaba en hablar, le pagaría con la misma moneda.

—Aunque, de haber sabido que era tan tentador —continuó—, me habría puesto el biquini.

—No te habrías atrevido.

Jack la empujó contra la pared y se apretó contra ella. Cece respondió introduciendo una mano entre sus piernas y acariciándole la erección. Pero de repente, él le retiró la mano y la miró con ojos intensos y muy serios.

—Deberías detenerte. Ahora.

Cece no quería aceptar lo que le ofrecía, la posibilidad de cambiar de opinión, de actuar con sentido común, de ser responsable. Pero ya estaba harta del sentido común y de las responsabilidades. Necesitaba dejar de pensar, entregarse a la pasión, olvidarlo todo. Así que volvió a acariciar su sexo y sonrió.

—¿Detenerme? ¿Por qué? ¿Es que vas a hacerme el amor?

El asintió con un brillo de tristeza en la mirada, como reconociendo el alcance de lo que estaban a punto de hacer. Después, sonrió y llevó una mano a la entrepierna de Cece.

—Luego no digas que no te lo advertí.

Ella gimió con frustración al notar que Jack se apartaba, pero se alegró de nuevo y se apresuró a quitarse los pantalones y las braguitas cuando vio que abría su cartera y sacaba un preservativo.

—Muy oportuno, Jack —murmuró.

—No suelo estar tan preparado. Ha sido simple casualidad, cuestión de suerte.

—De suerte para los dos.

Jack acarició los pliegues de su deseo. Cece bajó los párpados, se aferró a sus hombros y cerró las piernas alrededor de su cintura.

Un segundo después, la penetró. Tan completa y tan profundamente que ella ya no tuvo espacio para pensar en preocupaciones, dolores o arrepentimientos.

Sólo pensó en él. En él y en la pasión, lo único que siempre se les había dado bien.

Jack tenía intención de dejar a Cece a primera hora. Se habían quedado dormidos en la cama de la habitación de invitados, después de hacer el amor por segunda vez, y pretendía marcharse antes de que se despertara. A fin de cuentas, Cece siempre había dormido como un tronco.

Pero al final fue ella quien lo despertó a él. Apenas había amanecido cuando Jack abrió los ojos y vio su silueta recortada contra la luz, mientras se vestía.

—¿Cece?

Cece lo miró con culpabilidad. Obviamente, quería irse sin despertarlo.

—Hola, Jack.

—¿Huyes?

—Tengo que volver a mi habitación. Theo podría despertarse en cualquier momento y no quiero que esté solo.

—Y no pensabas avisarme, claro.

Ella se limitó a encogerse de hombros.

—Jack, no le demos más importancia de la que tiene. Es la fuerza de la costumbre. En estas circunstancias, es perfectamente normal que nos hayamos acostado.

Jack se pasó una mano por el pelo.

—¿La fuerza de la costumbre? —preguntó él con amargura—. ¿Por qué no dices que te has acostado conmigo para consolarme? Vamos, Cece, deja de buscar excusas.

Cece se puso la camiseta y preguntó:

—¿Crees que necesito excusas para eso? Pues te equivocas, Jack. Pero no importa, porque no volveré a cometer el error de mantener una relación contigo.

Jack la miró con sorpresa.

—No recuerdo haber dicho nada de mantener una relación…

—No, por supuesto que no. Tú eres incapaz de comprometerte con nadie.

El no dijo nada. Sabía que Cece tenía razón y no lo podía negar.

Al ver que no respondía, ella se subió la cremallera de los vaqueros y afirmó: —No has cambiado nada.

Estaba tan cerca de la cama que Jack sólo tuvo que estirar un brazo para alcanzarla y atraerla hacia sí. Cece perdió el equilibrio y cayó en el colchón. Él se movió con rapidez y se puso encima de ella.

—No, no he cambiado. Y tampoco ha cambiado lo que sentimos el uno por el otro — declaró—. Sólo quiero que lo reconozcas, que lo admitas en voz alta.

—No sé de qué estás hablando —dijo, desafiante.

—Eres una de las personas más sinceras que he conocido en toda mi vida, Cece. Mentir no es propio de ti.

Cece se revolvió con tanta furia que Jack no tuvo más remedio que dejarla marchar.

Pero en lugar de salir de la habitación, recogió sus zapatos y se giró hacia él.

—¿Quieres sinceridad? Como quieras. Por si no te habías dado cuenta, tengo un hijo y me debo a él hasta extremos que no alcanzas a imaginar.

—Ya sé que tienes un hijo. Pasamos mucho tiempo juntos.

—Ser padre es mucho más que pasar un par de tardes en la piscina, Jack.

—Sí, ya lo supongo.

Ella sacudió la cabeza.

—No, Jack, tú no sabes nada de eso. Y aunque lo supieras, carece de importancia.

Siempre has huido de las responsabilidades.

Jack miró a su alrededor, buscando sus pantalones. Cuando los vio, se levantó, caminó hacia ellos y se los puso.

—Soy ejecutivo de una empresa muy importante. Soy responsable de las carreras de muchas personas y de inversiones por valor de varios cientos de millones de dólares. ¿De verdad crees que soy incapaz de comprometerme?

—Llevas en el cine desde que estabas en pañales, y sé que lo haces muy bien. Pero yo no estoy hablando de tu trabajo, sino de tu vida personal. Cuando estábamos juntos…

—Aquello fue maravilloso —la interrumpió.

—Lo fue, es cierto, y también fue breve. En cuanto supiste que yo necesitaba algo más, huiste y rompiste nuestra relación. Ni siquiera tuviste el valor de decírmelo a la cara. Tuve que enterarme por las fotografías que publicaron en la prensa.

—No me acosté con aquella actriz, Cece.

—Eso no importa, Jack. Si yo te hubiera importado, habrías actuado con más tacto.

Dejaste que te fotografiaran con ella porque sabías que me

enfadaría y que no querría saber nada más de ti. Y te salió bien. Te salió magníficamente bien.

El apretó los dientes y se metió las manos en los bolsillos para contener su enfado.

—Me alegra que me tengas en tan alta estima.

—Jack, te conozco de sobra —afirmó—. No quisiste mantener una relación conmigo cuando sólo se trataba de mí. Y es imposible que la quieras ahora, cuando además tengo un hijo.

Cece se detuvo al llegar a la puerta. Por lo visto, esperaba que Jack la detuviera, pero él no lo hizo. No podía hacerlo. ¿Cómo iba a impedir que se alejara para siempre de él si eso era, exactamente, lo que quería?

Capítulo 8

Cece llamó a la puerta de la habitación del hospital. No hubo respuesta, pero sabía que Lillian la estaba esperando, así que abrió y entró. La anciana estaba dormida.

Lillian la había llamado a media mañana y prácticamente le había ordenado que fuera a verla a la hora de comer.

—Me estoy muriendo, es verdad, pero no soy una inválida —había alegado—. Tú y yo tenemos trabajo que hacer. Y por mi parte, puedo hacerlo igualmente en casa o en el hospital.

Como Cece estaba ansiosa por salir de la mansión, había metido el portátil en la bolsa, había guardado la libreta y la grabadora, había dejado a Theo al cuidado de Hannah y se había marchado. Obviamente, Lillian no iba a permitir que su enfermedad supusiera un obstáculo para el rodaje de Honor. Bien al contrario, estaba más decidida que nunca a que la película se presentara en el sexagésimo aniversario del estudio. Y el resto de los Hudson la apoyaría en el empeño. Ya no se trataba del aniversario, sino de terminar el rodaje antes de que Lillian falleciera. Sería una especie de tributo.

Cece se acercó a la cama. Lillian estaba en el mejor hospital de la zona y le habían dado una habitación tan bonita que casi parecía el dormitorio de un hotel de lujo. Pero ni el armario de madera de roble ni el resto de los muebles, todos elegantes, podía ocultar la verdad: que aquélla era la habitación de una moribunda.

Al pensar en ello, se dijo que no sólo terminaría el guión a tiempo y le daría una alegría, sino que sería el mejor guión de toda su carrera profesional.

Se sentó en una silla y sacó el ordenador portátil, la libreta y la grabadora. Tenía intención de tomar algunas notas antes de despertar a Lillian, pero no se le ocurrió nada. No podía concentrarse. No podía dejar de pensar en Jack.

Acostarse con él había sido un tremendo error. Y no tenía excusa. Jack podía justificar su comportamiento porque lo de su abuela lo había dejado sumido en la tristeza, pero ella no tenía justificación alguna. Lillian no era exactamente de su familia. Cuando muriera, Jack perdería a la mujer que lo había criado. Ella, en cambio, sólo perdería a una amiga.

La única explicación que encontraba para aquel desliz era su frustración sexual. Al fin y al cabo, Jack era el primer hombre con el que se había acostado en tres años. Además, sus relaciones en la cama siempre habían sido extraordinarias. Era un hombre apasionado, divertido e inteligente. Se reía mucho con él y, en cierta manera, también era el mejor amigo que había tenido nunca.

Pero había sido un error de todas formas. Especialmente, porque ella estaba lejos de haber superado el pasado. Seguía enamorada de Jack.

Desesperada, se dijo que mantendría las distancias a partir de entonces. Por motivos evidentes, no podía salir inmediatamente de su vida, pero eso no significaba que no pudiera recobrar el control de la situación y abstenerse de volver a meterse en su cama. El riesgo era demasiado alto. Si seguía adelante, Jack volvería a romperle el corazón. Y también correría el riesgo de que él descubriera que Theo era su hijo.

—Si piensas quedarte toda la tarde en esa silla, con la mirada perdida, nunca terminaremos el trabajo.

Lillian se había despertado.

—Ah, hola… Estaba pensando, nada más —se excusó.

—Ya me he dado cuenta.

—Pero podemos empezar cuando quieras.

—No, espera un momento.

La voz de Lillian sonó tan firme y segura como de costumbre, aunque se notaba que no se sentía bien.

Cece se inclinó hacia delante y le tocó un brazo.

—Si prefieres que vuelva en otro momento…

—Tonterías. Estoy perfectamente.

Cece arqueó una ceja.

—No tienes que fingir conmigo. Sé que no quieres preocupar a los demás, pero te prometo que no voy a decirle nada a Jack.

—Querida Cece, soy perfectamente consciente de todo lo que no quieres decirle a mi nieto —declaró.

Cece sintió un escalofrío.

—¿A qué te refieres?

—Yo diría que es obvio —respondió con tono de recriminación—. Theo es hijo de Jack.

Cece palideció y se echó hacia atrás, atónita.

—¿Cómo lo has sabido?

—Vaya pregunta. Lo supe en cuanto lo vi por primera vez. Es igual que Jack a su edad.

Tiene el mismo cabello negro y los mismos ojos azules.

—Sí, ya lo sospechaba, pero hace tanto tiempo que no veo fotografías de la infancia de Jack que no tenía forma de comprobarlo…

—Francamente, me sorprende que nadie más lo haya notado. Aunque yo lo sospechaba desde hacía tiempo —afirmó.

—¿Lo sospechabas?

—Naturalmente. ¿Pensabas que me engañarías con ese cuento de la adopción en Europa? —preguntó con humor—. Por Dios, niña, no olvides que yo trabajé en la edad dorada de Hollywood, cuando las actrices se veían obligadas a firmar una cláusula de moralidad en sus contratos. Si se quedaban embarazadas, decían que habían adoptado un niño en Europa.

Era normal y corriente.

—Y yo pensando que era una idea original…

—Qué estupidez. Cuando llegues a mi edad, te darás cuenta de que no hay ideas originales.

—Pero, ¿cómo…?

—¿Cómo sabía lo de vuestra relación? —la interrumpió—. ¿Crees que no tengo ojos?

—No, ni mucho menos, pero…

—Pero pensabas que no estaba enterada.

—Sí, es verdad.

Cece se sintió muy avergonzada. Seguía convencida de haber hecho lo correcto al ocultar la verdad a Jack durante los últimos años, pero lo de su abuela era distinto. Lillian siempre había sabido lo que pasaba y, en consecuencia, también conocía todas las mentiras que había contado para justificar la existencia de Theo.

—Seguramente pensarás que soy odiosa…

—No —dijo con firmeza—. Sólo creo que estabas muy asustada en su momento y que después has tenido el valor de criar un hijo sin ayuda de nadie. De haberme encontrado en tu situación, no sé si habría podido.

—Eres demasiado buena conmigo, Lillian.

Cece se sintió enormemente aliviada. Por fin, después de tantos años, podía hablar con alguien sobre su hijo.

Hasta ese momento, la única persona que lo sabía era su madre. Pero Kate se acababa de divorciar cuando Cece dio a luz y estaba demasiado centrada en sus propios problemas como para prestarle atención. Cada vez que Cece le preguntaba si había hecho bien al mentir a Jack, su madre se limitaba a soltar diatribas amargas contra los hombres en general. No le servía de ayuda.

Sacudió la cabeza y soltó una risa que sonó triste e irónica a la vez.

—Confesarse es bueno para el espíritu —dijo—. Me siento terriblemente mal por lo que he hecho, pero me alegra que lo sepas.

Lillian la miró con dureza.

—Razón de más para que se lo cuentes a su padre.

—No puedo contárselo…

Lillian extendió un brazo y le agarró la mano.

—Tienes que hacerlo —insistió.

—No es posible, Lillian. Se llevaría un disgusto y se pondría furioso.

Lillian arqueó una ceja con elegancia y le dedicó una expresión de desdén regio. Cece pensó que se parecía mucho a Jack.

—¿Y qué importa eso, Cece?

—Sí, bueno, supongo que se merece el disgusto…

—Desde luego.

—Pero, al menos, entiendes que no se lo dijera, ¿verdad? —preguntó, a la defensiva—.

Jack no quería ser padre. Era lo último que deseaba.

—¿Te lo dijo él?

Cece se molestó un poco. Lillian le resultaba insoportablemente lógica. Y seguía sin perdonarse a sí misma por no haber previsto aquella situación.

—No, no me lo dijo, es verdad, pero tampoco tuve ocasión de preguntárselo —se excusó—. No es una pregunta que se pueda formular tranquilamente en mitad de una conversación sin importancia.

Cece sólo intentaba zafarse de la presión de Lillian. Si hubiera querido decírselo a Jack, podría habérselo dicho aquella misma mañana, cuando discutieron en el dormitorio. Pero no iba a admitirlo delante de su abuela.

Suspiró y añadió:

—Conozco a Jack y sé lo que piensa. Durante nuestra relación, dejó bien claro que no tenía intención alguna de comprometerse.

Lillian frunció el ceño.

—Sí, sé que Jack siempre ha pensado que el matrimonio no es para él. Con lo que pasó entre sus padres, no me extraña en absoluto. Pero en el fondo, la culpa es de quienes lo criamos. Mía y de Charles.

—Eso no es cierto —protestó.

La voz de Lillian sonó trémula.

—¿No lo es? Imagina lo distintas que habrían sido las vidas de Jack y de Charlotte si su madre no hubiera muerto. O si David hubiera sido un padre mejor y…

Cece contuvo la respiración, esperando, pero Lillian no terminó la frase.

El matrimonio de David y Ava había sido un desastre desde el principio. En su época, se rumoreaba que David, el más joven y más mimado de los hijos de Lillian y Charles, sólo se había casado con Ara por su dinero. Estaba cansado de vivir a la sombra de su hermano mayor y quería montar su propia productora. Cece no sabía si los

rumores eran ciertos, pero aquella relación los hizo infelices a los dos.

Cuando Ara falleció, Jack quedó al cuidado de Lillian y de Charles mientras sus abuelos maternos se encargaban de Charlotte. Lógicamente, ninguno de los dos hermanos tenía una visión romántica del matrimonio.

—He notado que nunca hablas de Ara, Lillian. Debió de ser muy doloroso para todos…

—Tú misma eres producto de un hogar roto —le recordó—. Sabes lo que se siente al crecer en una zona de guerra.

—Es cierto —admitió.

Sin embargo, la experiencia de Cece no había sido tan traumática como la de Jack. A diferencia de los padres de éste, los suyos discutían, se separaban y volvían a hacer las paces con un entusiasmo y una fruición casi infantil. Su historia de amor era tan peculiar como la de Elizabeth Taylor y Richard Burton.

Bajo las acusaciones y trifulcas ocasionales, se profesaban un afecto genuino. Los padres de Cece siempre se habían querido, aunque muy ruidosamente y con toneladas de mal humor. No era una relación precisamente normal, pero a ellos les iba bien. En cambio, la de David y Ara había sido mucho menos benigna.

—Entonces, lo entenderás perfectamente —dijo Lillian.

—Pero mis padres se aman. Yo nunca me he sentido…

—¿Abandonada?

Cece frunció el ceño.

—Sí, supongo que es la palabra correcta. Y eso es lo que me diferencia de Jack. El matrimonio de sus padres lo dejó marcado para siempre.

Cuando miró a Lillian, los ojos de la anciana se habían llenado de lágrimas.

—Si yo hubiera…

—No es culpa tuya, Lillian. No debes culparte por ello.

—Me temo que sí. David siempre fue un niño difícil, terco y lleno de energía, pero también malhumorado. Charles y yo lo mimamos en exceso porque, cuando di a luz a Markus, el médico me dijo que no podría tener más hijos. David fue un milagro. Si hubiera sido más firme con él, se habría convertido en un adulto más capaz de asumir sus responsabilidades.

—No creo que…

Lillian sacudió una mano.

—No seas condescendiente conmigo, niña. Una mujer que se enfrenta a la muerte tiene derecho a contemplar su vida no sólo con alegría, sino también con remordimientos.

—Supongo que tienes razón.

—Cece, mi vida ha sido maravillosa en general. Pero me habría gustado que lo de Ara saliera mejor, y me duele que Jack siga pagando el precio de los errores de su padre. Quiero a ese chico como si fuera hijo mío. Merece ser feliz.

Cece estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo. Aunque Lillian estuviera al borde de la muerte, seguía siendo una adversaria formidable.

—Dudo que a Jack le agradara tu opinión, pero estoy de acuerdo contigo —dijo.

—Entonces, ¿por qué no has hecho nada al respecto?

—¿Yo? No soy responsable de su felicidad, Lillian.

—¿Ah, no? Estás enamorada de él desde hace años.

—Eh…

—No me lo discutas. Lo has disimulado tan mal que deberías asumirlo y hacer algo.

Además, estás criando a su hijo y a Jack no le vendría mal una familia.

—No creo que la quiera.

—Tonterías. Claro que la quiere.

—Aunque quisiera, ¿qué crees que va a pasar cuando se entere de que es padre de Theo? Se pondrá furioso.

—¿Y qué?

—Que no me lo perdonará nunca.

—Cuando Charles y yo nos conocimos, él pensó que yo colaboraba con los nazis y yo pensé que él era un espía. Si conseguimos salir de aquel lío en aquella situación, estoy segura de que tú podrás hacer lo mismo.

—Haces que parezca tan fácil…

—Porque lo es.

Cece quiso pensar que Lillian tenía razón, pero Jack era su nieto y el cariño la cegaba.

No se daba cuenta de que el perdón o el enfado de Jack carecían de importancia. A Cece no le preocupaba eso; entre otras cosas, porque nunca había esperado que la perdonara. Se resistía a decirle la verdad porque sólo pensaba en el bienestar de Theo.

Jack formaba parte de una familia muy poderosa, los Hudson. Cuando supiera lo de su hijo, se enfadaría mucho con ella y probablemente la llevaría a los tribunales para quitarle la custodia. Cece tenía algún dinero y estaba dispuesta a enfrentarse a él, llegado el caso, pero todo aquello tendría una influencia muy negativa sobre el niño. Un riesgo demasiado grande.

—Prométeme que le dirás la verdad —le pidió Lillian.

—Lo pensaré.

Cece no mintió exactamente. Lo iba a pensar. De hecho, lo había estado pensando desde que se quedó embarazada de él. Pero Lillian no sabía que ya había tomado una decisión.

—Díselo pronto, Cece. El tiempo pasa más deprisa de lo que imaginas.

Dicho eso, Lillian cerró los ojos y se quedó dormida casi de inmediato. Cece la miró en silencio, maravillada de que aquella mujer pudiera estar elegante hasta en la cama de un hospital. No sólo estaba perfectamente maquillada y peinada, sino que su cara mostraba la misma belleza de siempre. No parecía una mujer a punto de morir.

Cece era consciente de que el comentario de Lillian sobre el paso del tiempo no era ninguna tontería, pero no podía seguir su consejo en lo relativo a Jack. Para Lillian, era un nieto; para ella, un amante. Tenían perspectivas distintas de él. Y, en cualquier caso, Theo era lo más importante del asunto.

Durante todos aquellos años, se había repetido una y otra vez que estaba haciendo lo que debía, lo mejor para su hijo. Sabía que Theo anhelaba la presencia de un padre, pero no podía hacer gran cosa al respecto.

Jack no estaba hecho para la paternidad. Él habría sido el primero en admitirlo. Además, Cece estaba convencida de que no pasaba tanto tiempo con Theo porque le tuviera cariño, sino porque necesitaba que el guión de *Honor* estuviera terminado cuanto antes.

Sí, definitivamente, había hecho lo correcto.

¿O no?

Capítulo 9

—Dígame una cosa, Marilyn. ¿Por qué no tenemos el número de teléfono de Cheryl Cassidy?

Marilyn Davenport, una de las administrativas nuevas del estudio, tartamudeó al otro lado de la línea.

—No sabía que necesitara su número, señor Hudson.

—Pues lo necesito.

Jack giró por el bulevar de La Ciénaga. Sabía que estaba siendo duro con Marilyn y que habría sido mejor que llamara a Janelle, su secretaria personal. Pero Janelle ya trabajaba con él cuando Jack conoció a Cece y, en su momento, le dejó bien claro que lo consideraba un idiota por haber roto su relación. Por eso había llamado a Marilyn, para no tener que pedirle el número a Janelle.

—Necesito el número de su casa y el de su teléfono móvil —añadió.

—De acuerdo —respondió Marilyn, dubitativa—. Puedo intentarlo, pero no sé cómo…

Jack giró al llegar a la rampa de entrada del hospital.

—Llame a su agente. Supongo que tenemos su número, ¿verdad? Y si él no se lo puede dar, siga llamando a todo el mundo hasta que lo consiga. Empezando con Martin Cassidy y Kate Thomas.

—¿Por qué?

—Porque son sus padres.

—Ah.

Marilyn debía de estar cansada de la acritud de Jack, porque su disculpa siguiente sonó con un fondo de disgusto.

—Lo siento, no lo sabía. Veré lo que puedo hacer. ¿Quiere que también le consiga el número de Stephen Evan?

—¿Por qué?

—Porque es el responsable de las localizaciones. He supuesto que querría el número de teléfono de todos los que trabajan en Honor.

—No, no. Sólo quiero el número de Cece.

—¿De quién?

Jack tuvo que contener su mal genio.

—De Cheryl Cassidy.

Jack cortó la comunicación para no enfadarse más con Marilyn. Para empezar, no era culpa de ella y, para continuar, no quería despedir a una empleada muy competente sólo porque Cece mantenía las distancias con él desde que se habían acostado. El humor de Jack había ido empeorando poco a poco desde que intentó llamarla y descubrió que había cambiado los números de sus teléfonos tres años antes, cuando se separaron.

Pensó en el comentario de Cece sobre el deseo y la negación del dolor y la maldijo para sus adentros. Esa mujer parecía creer que no se conocía a sí mismo, que no era consciente de que su frustración se debía a algo profundo, a un problema sin resolver. Cece pensaba que él era idiota. Y le molestaba mucho.

Además, había otra cuestión no menos irritante. Se suponía que las mujeres perdían atractivo sexual para él cuando se acostaba con ellas, sobre todo cuando habían transcurrido varios años desde el encuentro. Y también se suponía que las mujeres con hijos carecían de atractivo alguno. Pero deseaba a Cece. De hecho, estaba completamente obsesionado con ella.

Dejó el coche en el aparcamiento y se dirigió al ala de oncología del hospital. Cece salía en ese preciso momento de la habitación de Lillian y, por una vez, no llevaba la indumentaria informal de costumbre. Se había puesto unos vaqueros, pero en lugar de combinarlos con una camiseta vieja, había optado por un top blanco, de algodón, que se ajustaba a su cuerpo.

Incluso se había recogido el cabello con un peinado alto que desafiaba la ley de la gravedad con un simple lápiz de color amarillo.

Jack se acordó de los meses que habían estado juntos. Recordó despertar en mitad de la noche y descubrirla sentada en la cama, a su lado, con una libreta sobre las piernas y un lápiz igual en el pelo. El se quedaba tumbado y se limitaba a admirarla mientras ella escribía. No necesitaba más para ser feliz.

En ese momento preciso, en el pasillo de aquel hospital, Jack supo cuál era su problema: que la necesitaba, que quería estar con ella. Pero sabía que no saldría bien. La relación de sus padres lo había marcado hasta el extremo de que se sentía incapaz de comprometerse con una mujer.

En cierta ocasión, Cece le había dicho que era igual que David.

Tal vez fuera cierto y tal vez no. En cualquier caso, no se podía arriesgar a hacer tan infeliz a Cece como su padre a su madre.

La quería demasiado. De hecho, su reacción al verla fue tan intensa que tardó unos segundos en notar que estaba en compañía de Luc y de Gwen.

Cuando se acercó a ellos, Cece lo miró a los ojos y sonrió con frialdad, como si apenas se conocieran, como si no hubiera estado en su cama unas horas antes.

Jack saludó a Luc y a Gwen e hizo caso omiso de Cece.

—Pensaba que hoy volvíais a Montana…

Jack todavía no podía creer que su primo hubiera abandonado Hollywood para vivir en un rancho en Montana, pero parecía más feliz

que nunca.

—Pero hemos decidido quedarnos unos días más. No hay ninguna prisa —contestó Luc.

Gwen sonrió y dijo:

—Además, tenemos buenas noticias para Lillian. Pensamos que se alegraría de saberlo.

—¿Vais a volver a Los Angeles?

Cece miró a Jack con irritación.

—Por Dios, Jack, es evidente que esperan un hijo.

Jack se sorprendió mucho.

—¿En serio?

Gwen asintió y se llevó una mano al estómago.

—No pensábamos decir nada hasta más adelante, pero la enfermedad de Lillian nos ha hecho cambiar de opinión —explicó Luc.

—Habéis hecho bien —opinó Cece—. Pero os pido disculpas… no debería haber dicho nada. Tal vez queríais dar una sorpresa a vuestros familiares.

Gwen sonrió.

—No importa. Mantener este tipo de secretos es muy difícil. Además, Luc y yo estamos tan entusiasmados…

Jack miró a Luc y le asombró que pareciera tan feliz como su mujer. Aquello lo llevó a preguntarse cómo se sentiría él de encontrarse en la misma situación, si Cece se presentara al día siguiente, por ejemplo, y le dijera que se había quedado embarazada. No encontró respuesta. Pero pensó que lo relevante no era eso, sino qué sería lo más adecuado para el niño.

Por otra parte, Luc había tenido a Markus como modelo, probablemente, el mejor padre de Los Angeles. En cambio, el modelo de Jack había sido David; todo un fracaso como padre y como marido.

—¿Vais a entrar a ver a Lillian? —les preguntó.

—No, Cece nos ha dicho que se acaba de quedar dormida. Iremos a tomar algo a la cafetería y volveremos dentro de un rato. ¿Nos acompañas?

Jack notó que Cece se preparaba para marcharse y respondió: —Voy dentro de un momento.

Luc y Gwen se marcharon y Cece se dirigió al ascensor. Jack la siguió.

—¿No vas a ver a tu abuela? —preguntó ella, sin detenerse.

El hizo caso omiso de la pregunta.

—Llevo toda la mañana intentando localizarte —afirmó.

—Pues no se puede decir que me haya estado escondiendo. Me he pasado casi toda la mañana entre la cafetería del hospital y la

habitación de Lillian.

—Pero cambiaste tus números de teléfono cuando nos separamos.

Cece lo miró un momento.

—En efecto, lo hice.

Al llegar al ascensor, Jack pulsó el botón de llamada.

—¿Los cambiaste por mí?

—No seas absurdo, Jack. Viví en Europa durante un año y alquilé la casa, así que cancelé el contrato del teléfono fijo con la compañía telefónica. En cuanto al móvil, ¿sabes cuánto costaban entonces las llamadas internacionales? Ahora son un poco más baratas, pero de todas formas…

La explicación de Cece le pareció tan lógica y normal que se sintió avergonzado por haber sospechado de ella.

—Bueno, pero necesito tus números. Mientras trabajes en el guión de Honor, quiero poder localizarte en cualquier momento.

—Eso es completamente innecesario.

Las puertas del ascensor se abrieron. Jack la siguió dentro e intentó mantener la calma.

—No, no lo creo. Hasta que termines el…

Ella lo interrumpió.

—No quieres mis números por la película, Jack. Y después de lo que ha pasado entre nosotros…

El la agarró del brazo.

—Incluso a pesar de eso, tienes que terminar el guión. Has firmado un contrato.

—Lo sé, y lo voy a terminar —dijo ella, apartándose—. Escribiría ese guión aunque no hubiéramos firmado nada, sólo por Lillian. No me refería a eso con la mención de lo que ha pasado entre nosotros. Iba a decir que Theo y yo nos vamos de la mansión Hudson.

—Pero aceptaste que…

—Acepté mudarme a la mansión porque Lillian estaba allí y era lo más lógico. Pero ahora la situación ha cambiado. Los médicos afirman que se quedará una semana en el hospital y las enfermeras me han dicho que puedo venir a trabajar con ella cuando lo considere oportuno.

—Ya, pero…

—No tiene sentido que Theo y yo sigamos en la mansión de tu familia. Además, he pasado tantas horas con Lillian que ya tengo notas de sobra para el guión. Debo empezar a escribir, y lo haré mucho mejor en mi propia casa.

—Sólo pretendes rehuirme, Cece.

Cece lo miró con cara de pocos amigos.

—Oh, claro, lo hago por alejarme de ti, no porque eche de menos mi casa. Qué cosas tengo —ironizó.

Cece salió del ascensor en cuanto las puertas se abrieron. Cuando volvió a mirarlo, Jack notó que su enfado había desaparecido y que en su mirada había tristeza.

—No lo sé, Jack. Sinceramente, no lo sé. Es posible que tengas razón y que en realidad me marche de la mansión por culpa tuya. Cuando estoy allí y te veo, deseo cosas que tú no me podrás dar nunca.

Ella dejó de hablar, tal vez para darle ocasión de protestar, de dejar a un lado sus miedos y confesarle lo que sentía.

Pero Jack no lo hizo. No habría podido. Cece acababa de verbalizar sus propios miedos.

—Y tampoco es bueno para Theo —continuó al fin—. Algún día se preguntará por qué no tiene padre como la mayoría de los niños. No quiero que entonces estés cerca de él y lo confundas. Cuando desaparezcas, se sentiría muy solo.

Jack no fue capaz de rebatírselo, de modo que cambió de tema y eligió el único sobre el que podían ponerse de acuerdo.

—En cuanto al guión…

Cece soltó una risotada.

—Mira que eres previsible. Aquí estoy yo, abriéndote mi corazón, y tú me sales con los negocios de tu familia, lo único que te importa.

—Yo…

—Mi agente te entregara el guión antes de la fecha acordada. Hasta entonces, mantente lejos de mi hijo y de mí.

Cece había dicho que deseaba cosas que él no le podía dar. Había sido el momento perfecto para que Jack interviniera, rebatiera sus acusaciones y dejara bien claro que tal vez no fuera el hombre más dado a comprometerse en materia de relaciones amorosas, pero que, en cualquier caso, estaba dispuesto a intentarlo.

Sin embargo, no había dicho nada; había reaccionado como siempre, huyendo, cambiando el tema de la conversación. Por lo visto, no estaba más preparado para una relación que tres años antes, cuando Cece decidió mantener a Theo en secreto. Cada vez que ella empezaba a dudar de la decisión que había tomado, él la justificaba con su comportamiento.

Cece pensó que debía alegrarse de lo sucedido, pero se deprimió y la depresión se mantuvo durante los días siguientes, cuando dejaron la mansión Hudson y regresaron a casa.

En el fondo, anhelaba que las cosas con Jack salieran bien. Y, en lugar de tener un final feliz, tuvo que tragarse sus sentimientos y volver al trabajo, aunque había perdido el entusiasmo inicial por el proyecto.

Estaba atascada en el guión y en su propia vida, superada por los acontecimientos. No había mentido a Jack al afirmar que tenía notas más que suficientes para empezar a escribir, pero no lograba avanzar.

De momento, sólo estaba vagamente satisfecha con el principio de la película: un joven Charles Hudson, de aspecto duro y corte de pelo militar, deja la comodidad y los privilegios de su vida en Oregón para unirse a las fuerzas aliadas en Europa. Como habla francés a la perfección, lo envían a Marsella como miembro de la rama de Operaciones Especiales del servicio de espionaje.

Una noche, mientras intenta evitar a las tropas nazis, entra en un cabaret y ve a Lillian.

Su belleza y su voz le causan una impresión profunda, que no obstante se desvanece en cuanto ella deja el escenario. En ese momento, un general alemán famoso por su crueldad se acerca a ella y Charles piensa que sólo una colaboracionista de los nazis permitiría que el general la tocara y la tratara con tanta familiaridad.

Y unos días después…

Exterior. Callejón trasero del Casino de Marsella. De noche.

Charles, con una mano en el costado, avanza por el callejón a duras penas. Está herido y lleva la ropa rota y sucia. Se apoya en la pared levanta lentamente la mano; la sangre le ha manchado la camisa.

Se sienta en el suelo y se aprieta el costado para intentar detener la hemorragia. Un momento después se abre la puerta del Casino. La luz y la música que llegan desde el interior enmarcan la figura de Lillian, que sale, cierra la puerta a sus espaldas y se cierra el abrigo para protegerse del frío. Después, da unos pasos y ve a Charles.

Lillian: ¿Se encuentra mal?

Charles: Sí.

Lillian: Por su acento, veo que es estadounidense.

Charles: Lo soy.

Lillian: Oigo pasos. Son soldados alemanes… Venga conmigo. Lo ocultaré.

No había escrito mucho más. Tras unos cuantos días en cama, con fiebre, Charles despierta y descubre que está en el dormitorio de Lillian. Pero Cece no sabía cómo seguir.

La Lillian que ella conocía era la matriarca de una familia muy poderosa, una mujer inteligente y con influencia. No se parecía nada a la joven pobre, insegura y tal vez asustada de Marsella. Cece debía

encontrar la forma de equilibrar el personaje, de darle un aire seductor pero sensible, dulce pero valiente.

Frustrada, se levantó del asiento y cerró el ordenador portátil. Estuvo a punto de cambiar de opinión y de intentarlo otra vez, pero decidió dejarlo para más tarde e ir a ver a Theo. Salió del despacho y se dirigió al salón.

—Hola, estaba pensando que…

María se asustó y dejó caer el mando de la televisión, que estaba encendida.

Cece rió al ver su expresión de culpabilidad.

—Tranquilízate, María. Me parece muy bien que veas la televisión…

—No es eso. Es que… están hablando de ti.

—¿Cómo?

—Mi hermana me ha llamado y me ha dicho que la encendiera.

—¡Estás en la tele, mamá! ¡En la tele! —exclamó Theo con entusiasmo.

Cece recogió el mando a distancia. Estaban entrevistando a Leslie Shay, una periodista especializada en Hollywood que la tenía tomada con los Hudson. Aquello no podía ser bueno, así que se estremeció cuando apareció una imagen de ella con sus padres. Había sido en la ceremonia de los Oscares, tres años atrás, cuando a su padre lo habían nominado como mejor director por tercera vez. Pero aquel año tampoco había ganado. Después, la cámara volvió con Leslie. Y, a continuación, pusieron una fotografía de Jack.

—Oh, Dios mío. Que sólo hable de *Honor*, por favor, que sólo hable de *Honor*… — rogó Cece.

Pero no tuvo tanta suerte.

—Jack Hudson, director del departamento creativo de Hudson Pictures y nieto de la estrella Lillian Hudson, tiene un nuevo amor en su vida. Según nuestras fuentes, se trata de su hijo natural, el niño que tuvo con Cheryl Cassidy, hija de Martin Cassidy y Kate Thomas.

—Oh, no…

—La relación de Jack Hudson y Cheryl Cassidy se rompió hace tres años —continuó la presentadora—, cuando el primero apareció en la prensa en compañía de la debutante Steph Papazian. Hemos intentado hablar con la señorita Cassidy y el señor Hudson, pero hasta el momento no ha sido posible.

A continuación, Leslie Shay se dedicó a especular sobre las relaciones amorosas de Jack, pero Cece ya había oído bastante y apagó el televisor.

Desesperada, se sentó en el sofá.

Su hijo se giró hacia ella y preguntó:
—¿Qué es un hijo natural, mamá?

Capítulo 10

La pregunta de Theo todavía flotaba en el aire cuando alguien llamó a la puerta de la casa. Aunque, más que llamar, la aporreó.

Cece supo que sería Jack. No podía ser otra persona.

Los golpes se repitieron y no tuvo más remedio que levantarse y caminar hacia la entrada. La voz de Jack sonó antes de que tuviera ocasión de abrir.

—¡Abre la puerta, Cece! ¡Sé que estás ahí! Tu coche está aquí fuera.

Ella abrió.

—¿A qué vienen tantas prisas? No he tardado tanto… ¿Qué pasa? ¿Estabas viendo ese maldito programa en tu coche?

Jack entrecerró los ojos, pero no habló.

—¿Qué es lo que te molesta, Jack? ¿Qué te ocultara lo de Theo? ¿O que no hayas sido el primero en enterarte? —espetó—. Tal vez te preocupa la imagen que has podido dar…

—Cece…

—Está bien, está bien. Comprendo que no es momento para bromas. ¡María! ¿Podrías llevar a Theo a su habitación?

María se acercó un momento, asintió y se alejó. Cece dejó entrar a Jack y cerró la puerta.

—¿Es cierto? —preguntó él.

—¿Cómo lo has sabido tan deprisa?

—Leslie Shay me estaba esperando a la salida del restaurante donde he comido — respondió él—. ¿Es cierto?

—¿De verdad tienes que preguntarlo?

—Por supuesto. Espero una respuesta.

—Sí, Theo es tu hijo.

—Maldita sea, Cece…

—Mira, Jack, yo…

Jack la tomó de los hombros.

—No quiero más excusas —afirmó.

—Pero…

—Por eso te fuiste a Francia cuando rompimos. Para ocultármelo.

—No, Jack, no me fui a Francia por eso. Ya estaba allí cuando descubrí que me había quedado embarazada.

—Y entonces, decidiste callar.

Cece se apartó de él.

—No, no fue así. En aquella época no sabía si volveríamos a vernos; ni siquiera sabía si volvería algún día a Estados Unidos. No podía pensar con claridad, Jack, no sabía qué hacer.

Me habías partido el corazón.

—Y decidiste vengarte con Theo.

Ella lo miró con rabia.

—¿Vengarme? No estaba pensando en vengarme. Si me hubiera querido vengar, te lo habría dicho… eso habría destrozado tus planes. Tú no querías tener una familia. Nunca lo has querido.

—Tú no sabes lo que yo quiero.

—Oh, vamos, Jack… Te conozco mejor que nadie. Además, estaba embarazada y vivía en un país extranjero. Tuve que tomar una decisión.

—¿Y ahora qué, Cece? Theo y tú habéis vivido los dos últimos meses en la mansión Hudson. He estado con él y lo he acompañado todos los días. Incluso me he acostado contigo y hemos hablado de la paternidad. Por Dios, Cece, ¿cómo has podido hacerme esto? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

Cece lo miró a los ojos. Decir la verdad iba a resultarle muy difícil, pero debía hacerlo.

Jack se lo merecía.

—Nunca. No pensaba decírtelo.

Toda una vida de controlar sus emociones y mantener las distancias con la gente, se derrumbó en ese momento. Jack deseó estrangularla.

No era un simple enfado, no era simple dolor. Estaba fuera de sí.

Quería gritar, sacudirla, empujarla contra la pared. Si hubiera sido un hombre, le habría pegado un puñetazo. Pero no lo era. Así que se contuvo, apretó los dientes y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza:

—Tendrás noticias de mi abogado.

Acto seguido, dio media vuelta y caminó hacia la salida.

Cece se adelantó y se interpuso en su camino.

—Oh, no, nada de eso. No voy a permitir que empeores la situación con un conflicto en los tribunales. Estás enfadado conmigo, ¿no? Pues habla conmigo.

—Apártate, Cece.

—No, Jack. No voy a permitir que te marches así. Tenemos que hablar.

—No hay nada que decir.

—Por supuesto que sí —protestó—. ¿De qué nos servirían los abogados? Dudo que vayas a demandarme por daños y perjuicios. Tengo dinero, pero tú eres multimillonario. Y

tampoco creo que vayas a quitarme la custodia. Ni siquiera quieres

ser padre.

—Deja de especular sobre lo que quiero o dejo de querer —declaró, enfadado—. No tienes ni la menor idea. No sabes nada.

—No soy yo quien no sé nada de ti. Eres tú quién no sabe lo que quiere.

Jack se acercó a ella y la agarró de los brazos. Pero en lugar de sacudirla o de besarla, que era lo que deseaba, la apartó del camino y siguió hacia el coche.

—Tienes razón en una cosa, Cece: no voy a denunciarte por daños y perjuicios ni voy a pedir la custodia de Theo —declaró antes de marcharse—. Voy a llamar a mi abogado para que prepare un contrato prematrimonial. Porque nos vamos a casar.

—¿A casar? ¿A casar? —preguntó, asombrada.

Jack no respondió. Ya se había marchado.

Estaba tan desconcertada que habría permanecido allí varias horas, repitiendo la misma pregunta en el vestíbulo de la casa, si Jack no hubiera huido ni la hubiera dejado con más dudas y más sentimiento de culpabilidad que nunca.

—Jack, espera…

Salió corriendo y alcanzó a Jack justo cuando éste se disponía a entrar en su vehículo.

—¡No puedes marcharte! —protestó.

El no tenía intención de esperar, así que Cece abrió la portezuela del copiloto y se sentó dentro. Jack metió la llave en el contacto y arrancó.

—Sal del coche, Cece.

—No, no hasta que…

—Sal del coche —repitió—. Sal o haré algo de lo que me arrepentiré más tarde.

—Vamos, Jack, ¿qué vas a hacer? ¿Pegarme?

—Es posible.

—No eres de la clase de hombre que pega a las mujeres, Jack. Eres un caballero.

—Tú no sabes quién soy.

—Está bien, olvida eso —dijo Cece, desesperada—. Pero no puede ser, no podemos casarnos. Eso no resolvería nada.

—Te equivocas; es la mejor solución. Ni quiero la custodia de Theo ni sería capaz de apartarlo de ti. Pero quiero que viva conmigo, quiero verlo todos los días de mi vida. Nos casaremos.

—Jack…

—No, Cece. Esto no es negociable.

Cece lo miró a los ojos y supo que hablaba muy en serio. No iba a dar su brazo a torcer.

—Está bien, comprendo que quieras verlo todos los días. No me opondré. Pero estoy segura de que podríamos encontrar una solución más conveniente. No sé, tal vez podríamos vivir en casas contiguas y…

—Eso no sería suficiente. Os quiero en mi casa. A él y a ti.

—Sé razonable, Jack…

De repente, Jack pegó un volantazo y detuvo el vehículo en el arcén, junto a un rancho de aspecto abandonado.

—No lo entiendes, ¿verdad? Cuando mi madre murió, mi padre se libró de Charlotte y de mí y nos dejó a cargo de nuestros abuelos. Nos abandonó porque éramos una inconveniencia para él, y yo no voy a hacerle lo mismo a mi hijo. Si me conocieras la mitad de lo que afirmas conocerme, lo sabrías.

—Está bien. Si quieres ser un buen padre para Theo, viviremos contigo… durante el tiempo que quieras. Pero casarnos es asunto diferente. ¿Qué resolveríamos con el matrimonio? Nada.

—Te equivocas. Si nos casamos, podré dar a Theo mi apellido. Será un Hudson.

Formará parte de mi familia.

—Podrías adoptarlo. Sería lo mismo a efectos legales.

Jack arrancó de nuevo y la miró con tal odio que una mujer más débil se habría acobardado.

—No voy a adoptar a mi propio hijo.

—Jack, créeme, por favor. Lamento que te hayas enterado así.

—Te creo, claro que te creo. Lamentas que me haya enterado porque no tenías intención de decírmelo.

—En realidad, no es tan fácil, Jack. En el fondo esperaba que te dieras cuenta, que una de estas tardes miraras a Theo a los ojos y lo supieras —se defendió—. Venga, no me digas que no has notado el parecido… Lo sabías, seguro que lo sabías. O, por lo menos, te lo habrás preguntado en alguna ocasión.

—¿Qué quieres que te diga, Cece? ¿Que soy idiota? Puede que sea evidente para todos, pero desestimé el parecido porque me fiaba de ti, porque creía que eras la única persona del mundo que no sería capaz de mentirme.

El enfado de Jack se había transformado en amargura. Pero no la dirigía solamente contra ella, sino también contra sí mismo.

En ese preciso momento, algo murió en el corazón de Cece. Algo importante, la esperanza de tener un futuro con él.

Sólo podía hacer una cosa: debía asumir su responsabilidad.

—Está bien, nos casaremos.

El asintió, esperó unos segundos y añadió, con voz tensa: —Antes tenías razón, Cece. Me desagrada que esa periodista me haya hecho quedar como un tonto en público. Si nos casamos, la gente perderá interés. No hay nada menos excitante para la masa que un matrimonio felizmente casado.

Ella rió.

—¿Y cómo vamos a fingir la felicidad? Soy guionista, no actriz.

—Llama a tu madre y pídele ayuda —se burló—. Espero que convenzas a todo el mundo de que estás profundamente enamorada de mí.

Jack detuvo el coche delante de la casa de Cece. Ella bajó, se metió las manos en los bolsillos y frunció el ceño.

Convencer a la gente del amor que le profesaba no iba a suponer ningún problema. A fin de cuentas, siempre había estado enamorada de él.

—¿Jack es papá?

Theo frunció el ceño y apartó la mirada. Estaba sentado en la cama, con las piernas colgando entre los barrotes. No habría parecido más confundido si su madre le hubiera pedido que la ayudara con la declaración de impuestos.

—Sí —respondió ella—. Es tu papá.

Cece se alegró de que Theo fuera tan pequeño. Más adelante, cuando creciera, querría saber por qué había estado sin su padre durante los dos primeros años de su vida. Pero eso sería más adelante, no ahora.

—¿Y va a vivir en casa?

—Sí —respondió—. Y ahora, ¿quieres que te lea un cuento?

—¡No! ¡Tres!

—Es muy tarde para leerte tres cuentos. Tendrá que ser uno.

—¡Dos!

—Uno.

Cece alcanzó un libro, se tumbó con él en la cama y empezó a leerle la historia de un conejito que se escapaba y al final volvía con su madre. Cuando ya estaba a punto de terminar, el niño preguntó:

—¿Cazador te ha disparado?

—¿Cazador? —preguntó, perpleja.

—El de la peli de ciervos.

—Ah, el de la peli… No, ningún cazador me ha disparado. ¿Por

qué preguntas eso? — dijo, mirándolo con atención.

—Bambi vive con su mamá porque el cazador dispara a su mamá.

—No, no te preocupes, eso no nos va a pasar a nosotros. Jack y yo nos vamos a casar, y luego nos mudaremos a su casa.

Theo asintió, más tranquilo.

—Tendré que hablar con tu abuela Kate, Theo. No sé si las películas que te deja ver son las más convenientes para ti.

—¿Os vais a casar?

—Sí, cariño, nos vamos a casar.

—Como Ariel y el príncipe Eric en *La sirenita*…

Cece le dio un beso de buenas noches y pensó que no era mala analogía. Al fin y al cabo, Jack era alto, moreno y muy atractivo, como el príncipe Eric.

Dejó a Theo en su habitación y se dirigió a la cocina para servirse una copa de vino.

Ahora tenía una preocupación diferente; siempre había pensado que Jack era incapaz de comprometerse con una relación, pero con su propuesta de matrimonio le había demostrado que estaba equivocada.

Cabía la posibilidad de que no tuviera miedo al compromiso en general, sino en particular. Concretamente, a comprometerse con ella.

Capítulo 11

Organizar una boda en una ciudad llena de aduladores y arribistas resultó extraordinariamente fácil. Jack decidió que se casarían antes de final de mes, en la mansión Hudson. Cece alegó que era una locura, que no conseguirían organizado en tan poco tiempo, pero se equivocó.

De las doscientas sesenta y dos personas a las que invitaron, más de doscientas contestaron afirmativamente. Entre ellas, cuarenta y tres ganadores de Oscares, los directores de cinco estudios de cine y hasta un ex presidente de Estados Unidos.

Toda la élite de Hollywood respetaba a los Hudson. Su boda se convirtió en un acontecimiento tan importante que en Internet se organizó una reventa de las invitaciones a precios asombrosos. Si Cece no hubiera sido consciente de con quién se estaba casando, lo habría sabido entonces. Y estaba muy nerviosa.

Para casarse, lo único que Jack tuvo que hacer fue sacar su esmoquin del armario y ordenar a sus tres ayudantes que se encargaran del resto de las cosas. En cambio, ella tuvo que dedicar horas y horas a la organización del acto y a la elección del vestido, la comida, la cristalería, la vajilla y hasta la música que iba a sonar. Pero eso habría sido soportable si las circunstancias hubieran sido distintas y no hubiera estado tan asustada ante la perspectiva de casarse con Jack.

No se habían visto desde que le propuso el matrimonio. Había pasado tres veces por su casa para ver a Theo, pero en las tres ocasiones había llamado antes, por teléfono, para asegurarse de que Cece no estaba allí.

Ella tenía tanto miedo que se concentró totalmente en el trabajo. Estaba convencida de que Jack la odiaba y de que su matrimonio sería un fracaso inevitable.

Por fin, llegó la mañana de la boda. Cece se encontró a punto de casarse con un hombre al que no había visto en dos semanas y que le había dedicado palabras cargadas de amargura y desprecio durante su último encuentro.

Ni siquiera pudo mirar a los ojos a los invitados. La sala estaba abarrotada de gente y de flores, cuyo aroma flotaba en el ambiente. Cuando caminó hacia la tarima donde se iba a llevar a cabo la ceremonia, su nerviosismo era tal que le faltó poco para soltar una risita nerviosa. Por suerte, su padre caminaba con ella y le dio la seguridad que necesitaba.

La música empezó a sonar. Cece miró a Theo, que estaba con su familia, y luego se giró hacia Jack. Cualquiera habría pensado que su seriedad se debía al nerviosismo, pero ella lo conocía bien y sabía que

no era tensión. Jack odiaba aquello, odiaba la idea de casarse y, sobre todo, de casarse con ella.

La ceremonia fue rápida. Cece intentó concentrarse en las palabras, en Theo, en las orquídeas que adornaban la tarima, en cualquier cosa salvo en el propio Jack.

—Yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

No tuvo más remedio que girarse hacia Jack, pero se llevó una sorpresa. En lugar de estar frío y distante, la miraba con intensidad.

Cece supuso que sería odio. Incluso pensó que no la iba a besar, que se daría la vuelta y se marcharía de repente, humillándola delante de todo el mundo y demostrando no sólo que no la amaba, sino que tampoco estaba dispuesto a tocarla.

Pero la besó. Con fuerza, exigiendo obediencia.

Ella se derritió casi literalmente contra él. Por fin había conseguido lo que quería. Se habían casado. Pero era una farsa, un acuerdo basado en sus propias mentiras, en las mentiras que habían destruido cualquier posibilidad de mantener una relación sana con el hombre de sus sueños.

Jack se apartó de ella, apretó los labios y la miró a los ojos. Después, le ofreció el brazo y bajaron de la tarima. Cuando alcanzaron la primera fila, Cece tomó de la mano a Theo y los tres siguieron andando por el pasillo central.

Cece se repitió una y otra vez que se había casado por el bien del pequeño y del propio Jack, que merecía más de lo que había tenido hasta entonces. Pero sabía que se engañaba a sí misma. Los besos y el afecto fingido de su esposo desaparecerían en cuanto se quedaran a solas.

Cece era la novia perfecta.

Estaba verdaderamente encantadora con su figura menuda y su cabello de color negro azabache, aunque a veces no era consciente de su atractivo. Además, su sentido del humor bastó para que se ganara la admiración de todos los invitados. Y por si fuera poco, la fama de sus padres y su propio éxito profesional la situaban casi a la altura de Jack Hudson.

Cece estuvo un buen rato con Lillian, asegurándose de que se encontraba bien. Jack se alejó en cuanto pudo y se acercó a la barra del bar, desde donde observó con detalle las evoluciones de su flamante esposa. No podía negar que estaba siendo la anfitriona perfecta: iba de invitado en invitado, de mesa en mesa, charlando con todo el mundo y derrochando simpatía incluso con los desconocidos.

Mientras Jack la miraba, pensó que había cometido un error al no ofrecerle el matrimonio años atrás. La deseaba con toda su alma y sabía que las cosas habrían sido mucho más sencillas. Pero en aquella época estaba convencido de que sería un marido terrible y de que al final le rompería el corazón.

—Felicidades…

Jack se giró y vio a su primo Devlin, cuyo aspecto era tan lúgubre como siempre. Pero se alegró de que se hubiera acercado; estaba harto de dar conversación a la gente del mundo del cine, y sabía que nadie se acercaría si Dev permanecía a su lado.

—Has elegido bien, primo.

—Desde luego.

Dev debió de notar su tono irónico, porque preguntó: —¿Te arrepientes?

—Ni mucho menos —mintió—. Es una mujer preciosa y encantadora, la novia perfecta.

Todo el mundo la adora. De hecho, debí casarme con ella hace años.

—Me sorprende que no lo hicieras.

Jack lo miró.

—¿Qué quieres decir?

Dev se encogió de hombros.

—De niños, Cece era la única persona que se podía acercar a ti. Cuando años más tarde supe que estabais saliendo, pensé que os casaríais.

—¿Es que todo el mundo sabía que estábamos saliendo? —preguntó, asombrado.

—No pensarías que podías mantenerlo en secreto, ¿verdad? —Dev rió y añadió—: En Hollywood no hay secretos, primo. A estas alturas, ya deberías saberlo.

Jack gruñó, pero no dijo nada. Dev tenía tanta razón que lo dejó con dos dudas importantes: la primera, cómo era posible que nadie se hubiera enterado antes de lo de Theo; y la segunda, cómo era posible que él hubiera sido el último en enterarse.

Buscó a su hijo con la mirada y lo encontró en compañía de Kate, su abuela materna.

Se había quedado dormido en su regazo y parecía un angelito.

—Es un chico maravilloso —comentó Dev.

Jack asintió.

—El mejor.

—Descuida, serás un gran…

—No sigas por ahí, Dev. ¿Qué diablos sé yo de ser padre? —se

preguntó con amargura—. No se puede decir que el mío fuera precisamente un modelo a seguir…

Dev se encogió de hombros.

—Pero Charles fue mucho más que un abuelo para nosotros. Tienes su ejemplo.

Por primera vez en varias semanas, Jack se relajó un poco. Dev estaba en lo cierto al mencionar el ejemplo de Charles. Su padre no le había enseñado nada útil, nada que le fuera de utilidad con Theo, pero Charles era un asunto diferente. En cuanto a Cece, tal vez pudiera perdonarla con el tiempo.

Para distraerse de sus pensamientos, siguió la mirada de su primo. Pero Dev no estaba mirando a Cece, como había pensado, sino a la mujer que la acompañaba: una joven delicada y preciosa, más delgada que Cece y algo más alta.

Jack tardó unos segundos en reconocerla.

—Es Valerie Shelton, ¿verdad? Dev asintió.

—¿Sales con ella?

Jack no esperó a que su primo respondiera. Ya había oído rumores de que estaba con Valerie, pero le costaba imaginar a una mujer tan joven y tímida en compañía de un hombre tan dominante como Dev.

Pero entonces recordó un detalle importante.

—Es la heredera de la fortuna de los Shelton, ¿verdad?

Dev asintió con un brillo de orgullo en la mirada.

—Sí, le propuse que se casara conmigo y me dio su consentimiento hace poco.

Pensábamos anunciarlo después de vuestra boda.

Jack lo miró, sorprendido.

—¿Vas a casarte con ella?

—Es lo más inteligente. La relación con los medios de comunicación de su familia sería muy importante para nosotros.

—Es decir, para Hudson Pictures.

—Exacto.

Jack se limitó a sacudir la cabeza. Lo único que le importaba a Dev eran los estudios de cine. El éxito de su matrimonio era poca cosa en comparación con el éxito de la empresa.

Miró a Dev, miró a Valerie y pensó que hasta el más tonto se daría cuenta de que no estaban hechos el uno para el otro. Dev era cínico y duro, todo un depredador; Valerie, en cambio, era delicada y bastante tímida. No era exactamente una presa, sino la flor que el depredador despreciaba y aplastaba después sin ninguna compasión. Si se casaba con él, lo lamentaría.

Estaba a punto de decirle lo que pensaba cuando Cece lo miró y le

cerró la boca. El era la última persona del mundo que podía dar un consejo a su primo.

A fin de cuentas, era un idiota en cuestión de relaciones.

Cece estaba agotada. Pensó que, después de tanto tiempo de pie, nadie le recriminaría que se escabullera sigilosamente para descansar un poco. Entraría en el vestidor o en un cuarto de baño, se quitaría los zapatos y se frotaría los ojos. Es decir, todo lo que no se atrevía a hacer en público. Pero tardó casi una hora en poder escapar.

Por fin, salió por el pasillo que conectaba el comedor con la cocina. Había pasado media infancia en la mansión Hudson, de modo que conocía todos los recovecos y sabía que allí estaba la despensa y una habitación donde guardaban las mesas y las sillas que usaban en las reuniones grandes. Nadie la encontraría en aquel lugar.

Theo se había quedado dormido en el regazo de su abuela y lo habían llevado al dormitorio del tercer piso, el que habían ocupado durante su estancia en la mansión. La fiesta estaba en pleno apogeo y Cece sospechaba que duraría hasta bien entrada la madrugada, pero no lo resistiría si no descansaba un rato.

Por desgracia, acababa de cerrar la puerta cuando oyó pasos en el corredor. Cece cerró los ojos y rogó para que pasaran de largo.

—¿Cece?

Era Jack.

No podía escapar, de modo que sacó fuerzas de flaqueza y abrió.

—Parece que no puedes estar sin mí ni un solo minuto —dijo ella, con una sonrisa tensa—. Eres muy romántico.

Jack entrecerró los ojos.

—¿Te has escondido en un trastero? No es propio de ti.

—No es exactamente un trastero, pero eso carece de importancia. Jack, a veces parece que no me conoces en absoluto.

Sorprendentemente para Cece, Jack rompió a reír. Después, entró en la habitación y cerró la puerta a sus espaldas. El lugar era bastante grande, pero ella se sintió completamente acorralada.

—No estarás pensando en escaparte por la puerta de servicio, ¿verdad?

—Lo intentaría si no supiera que me echarían en falta.

La expresión de Jack se endureció. A Cece le pareció que la habitación encogía de repente, como si él y su enfado ocuparan demasiado espacio.

—Te he echado de menos —añadió.

Cece no pudo creerlo. Le habría gustado, pero sabía que había

traicionado la confianza de Jack y que no recuperaría su afecto.

Desesperada, intentó escapar. Jack se interpuso.

—Déjame ir. No quiero discutir contigo.

—Maldita sea, Cece, no tienes ni idea de lo que se siente al desear tanto a una persona que te saca de quicio.

—¿Tú crees? Cuando me marché a Francia, estaba muy enfadada contigo, pero te deseaba de todas formas. Y en cuanto ahora, no pensarás que estoy encantada con nuestro matrimonio… No es precisamente la boda de mis sueños.

—No tienes derecho a estar enfadada conmigo.

—Por supuesto que no. No tengo derecho, pero lo estoy. Prácticamente me has chantajeado para que nos casáramos. No me has dejado elección.

Jack la tomó entre sus brazos y la apretó con fuerza. Se había excitado, y Cece pudo sentir su erección contra el cuerpo.

—Tal vez tengas razón —dijo él—. Es posible que la culpa sea mía. Pero tú tampoco eres inocente.

Cece se frotó contra él y dijo:

—Lo sé.

Entonces, ella se puso de puntillas, le pasó un brazo por detrás del cuello y lo besó.

Seguramente fue una decisión estúpida y fuera de lugar, pero estaba cansada de discutir con él, cansada de ser su enemiga, cansada de sentirse despreciada cuando lo único que deseaba era sentir su piel y los latidos de su corazón.

Quizá no fuera el amor de su vida, pero durante unos minutos quería ser, al menos, su esposa.

Capítulo 12

Jack no quería desearla; quería odiarla y mantenerse un poco más en la indignación y la ira. Pero el contacto de su cuerpo y de su boca hundió sus defensas, eliminó su enfado y liberó el deseo que había acumulado a lo largo de las semanas anteriores.

Quería hundirse en ella, poseerla por completo. Porque era suya.

Era su esposa.

Introdujo la mano por debajo del vestido, la llevó a uno de sus senos y sintió el tacto del pezón endurecido contra la palma de la mano. Después, hizo que retrocediera hasta que Cece chocó con la mesa y empezó a subirle la falda. Ella gimió y se frotó una vez más contra él.

—Vas a arrugarme el vestido… —dijo Cece—. Todo el mundo se dará cuenta.

A Jack no le importaba lo que pensaran los demás, pero tampoco quería ponerla en una situación comprometida. Así que la puso de espaldas a él y la empujó suavemente en la espalda. Ella se dobló hacia delante, apoyando el cuerpo en la mesa, y Jack apartó todas las capas del vestido hasta que se encontró ante sus piernas desnudas.

A continuación, le desabrochó las ligas y le bajó las braguitas. Cece estaba húmeda, completamente preparada para él.

Tardó casi un minuto en librarse de los pantalones del esmoquin, pero al menos había tenido la precaución de guardarse un preservativo en el bolsillo. Cuando por fin se lo puso y se aferró a sus caderas, Cece ya no podía esperar más. Jack empezó a acariciarla entre las piernas, pero ella dijo:

—Ahora, por favor. Hazlo ahora…

La tentación de obedecer y entrar en ella de inmediato era casi irresistible. Sin embargo, sabía que se arrepentiría después. Quería saborear el momento, disfrutar de la visión de su trasero pálido perfectamente redondo, enmarcado entre el liguero y las capas y capas de tela del vestido. Quería saborear lentamente su cara, que estaba girada hacia él, con los párpados medio cerrados y la boca abierta y jadeante.

Siguió acariciándola sin descanso, pero antes de que pudiera llevarla al clímax, ella retrocedió y se clavó en él con fuerza. Después, Cece se apoyó en la mesa y empezó a moverse hacia delante y hacia atrás, siguiendo sus acometidas.

Cece era su media naranja en todos los sentidos.

Era su esposa.

Todavía sentía las últimas oleadas del orgasmo cuando oyeron voces en el pasillo exterior. Jack se puso tenso y ella empezó a vestirse. Cuando se giró, vio que su marido se estaba abrochando los pantalones.

No sabía qué decir. Las cosas eran demasiado complicadas. Parecía que el sexo era lo único que tenían en común.

Pero tampoco podía negar que había sido un principio de matrimonio de lo más interesante. En cuestión de unas pocas horas, se habían casado, se habían rechazado, habían discutido y, finalmente, habían hecho el amor apasionadamente en un trastero. Cece pensó que debía abandonar los guiones de cine y dedicarse a escribir artículos sobre relaciones amorosas.

—Jack, yo…

—Shhh…

Las voces del exterior sonaron más cerca. Jack frunció el ceño. Eran un hombre y una mujer.

—No quiero volver a hablar del asunto —decía la mujer.

—Tengo que verte este fin de semana —insistió el hombre.

Cece y Jack apretaron la oreja contra la puerta para oír mejor.

—Y yo no quiero verte cada vez que vas a la ciudad…

Cece reconoció de inmediato la voz de la mujer.

—¿No es tu tía Sabrina? —murmuró.

—Sí—contestó Jack en voz baja.

—Sospecho que Markus lo sabe —dijo el hombre.

—No es posible. No puede saberlo. —Se comporta de forma extraña. —Claro que se comporta de forma extraña. Su madre se está muriendo.

—Pero…

—No, no. Sólo podría saber la verdad si tú si lo hubieras dicho. ¿Lo has hecho?

—No.

—Entonces, no tenemos nada más que decirnos.

Sabrina se alejó inmediatamente. El hombre la siguió poco después.

—Vaya, ¿me lo ha parecido a mí o es que tu tía tiene una aventura con otro hombre? — preguntó Cece. Jack no respondió—. No he reconocido la voz del hombre —continuó diciendo ella—. ¿Quién crees que era?

—Mi padre —respondió Jack, muy serio.

Cece y Jack tuvieron la precaución de volver a la fiesta por

separado. Mientras ella se abría paso entre la multitud y buscaba a su madre, pensó en Sabrina y en David. Le parecía increíble que Sabrina tuviera una aventura amorosa con su cuñado. En comparación con esa pareja, su relación con Jack era un juego de niños.

Echó un vistazo a su alrededor y decidió ir al cuarto de baño para arreglarse el maquillaje. Estaban en la zona más elegante de la mansión, y el cuarto de baño no lo era menos: se accedía por una sala decorada con un sofá y un sillón.

Por desgracia, la sala no estaba vacía. Bella se encontraba delante de uno de los espejos, retocándose el peinado. Su perro, Muffin, descansaba en la encimera, sobre el bolso de su dueña.

Cuando Bella la vio, sonrió.

—Hola.

—Hola, Cece.

—Estás radiante, Bella. ¿Qué te ha pasado? ¿Te ha tocado la lotería?

Bella sonrió un poco más.

—No, es mucho mejor que eso. El tío David me acaba de contratar para la película de Lillian.

—¡Vaya, eso es fantástico!

Bella se arrojó a los brazos de Cece.

—¡Lo sé! Estoy tan emocionada…

—Pero espera un momento… ¿Has dicho el tío David? No sabía que fuera a dirigir la película…

—Normalmente no trabaja para Hudson Pictures, pero en este caso quería hacer una excepción —explicó.

Cece frunció el ceño.

—Pero… ¿no tendrían que hacer pruebas y cosas así?

—Vaya, veo que has estado totalmente concentrada en los preparativos de la boda.

—Sí, bueno, en eso y en el guión.

—El tío David empezó con las pruebas hace varias semanas. Debería habérmelo ofrecido al principio y se habría ahorrado el trabajo; pero no, tenía que buscar talentos nuevos…

Bella estaba tan indignada que Cece tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener la risa.

—¿Y no has tenido que pasar por una audición?

—¡Por supuesto que sí! Y no sabes cuánto me costó que me la ofrecieran. Esta familia no me toma en serio. Creen que simplemente soy una actriz de pega. Pero espera a que empiece el rodaje; se van a llevar una sorpresa conmigo.

Cece rió.

—Estoy segura de ello.

—¿No podrías dejar que echara un vistazo al guión?

—Bueno, veré lo que puedo hacer.

—Gracias, Cece.

—De nada.

Bella se pasó las manos por el pelo, se miró en el espejo una última vez y se giró hacia ella.

—¿Qué se siente al ser la señora de Jack Hudson? Mira que te ha costado…

—No está mal, nada mal. Pero ¿qué has querido decir con eso?

Bella se encogió de hombros.

—Estabas enamorada de él desde hace años, ¿no?

—¿Hay alguien que no lo sepa?

—¿Se suponía que era un secreto?

—No, supongo que no… Dios mío, todo el mundo habrá pensado que soy patética…

Bella sonrió con ironía.

—Amar a tu marido no es nada patético. Es delicioso.

Tras decir esas palabras, Bella salió del cuarto de baño.

—Sólo si tu marido también te ama —murmuró Cece, una vez sola —. Porque si te rechaza, es patético.

Cece se sintió tan deprimida que intentó pensar en otra cosa y se puso a recordar la conversación que Jack y ella habían oído. Cuando Ara falleció, David empezó a viajar mucho fuera del país y sólo regresaba de cuando en cuando, lo que significaba que su relación con Sabrina, que estaba casada, se habría limitado a mantener unos cuantos encuentros. Por supuesto, los dos eran personas adultas y podían hacer lo que consideraran oportuno, pero Cece pensó que Jack se parecía muy poco a su padre. Desgraciadamente, él no se daba cuenta.

No hicieron el amor en su noche de bodas. A pesar de que habían reservado una suite de lujo en el Chateau Marmont, Jack ni siquiera se acercó a ella. En cuanto lo vio entrar por la puerta, supo que mantendría las distancias; de hecho, encendió su ordenador portátil, comprobó el correo electrónico y hasta llamó a un inversor de Tokio.

Cece le había perdonado su comportamiento en el trastero, pero no estaba dispuesta a perdonarle eso.

A la una en punto de la madrugada, Cece se duchó, abrió las maletas y dudó entre toda la ropa interior que llevaba, desde el modelito de corsé y liguero que había llevado bajo el vestido de novia,

hasta el picardías de seda y los pantalones de yoga y la camiseta que usaba normalmente para dormir. Estaba totalmente dispuesta a seducirlo, pero tuvo la ocurrencia de asomarse al salón y, se enfadó tanto al verlo hablando por teléfono, que decidió ponerse los pantalones y la camiseta.

Por fin, después de mucho dudar, se levantó. Quería un matrimonio de verdad y lo iba a tener.

Entró en el salón, le arrebató el móvil y lo apagó.

Jack entrecerró los ojos.

—Acabas de cortar a…

—Me da exactamente igual —lo interrumpió—. Tienes suerte de que no te tire el teléfono por la ventana.

—Las ventanas están cerradas.

—No importa. Tienes suerte.

Jack se levantó y puso los brazos en jarras.

—Te comportas como una niña.

—Y tú, como un cretino —replicó de manera cortante, y lanzó el teléfono al sofá—.

Dime, Jack, ¿siempre va ser así?

—¿A qué te refieres?

—A nuestro matrimonio. ¿De verdad quieres que sea así? ¿Qué oscilemos entre tratarnos como desconocidos y hacer el amor en sitios públicos, donde no tenemos que mantener una conversación ni asumir después la responsabilidad de nuestros actos?

—¿Te parece que eso es lo que ha pasado esta tarde?

—¿Es que ha sido otra cosa? Este no el matrimonio que quiero tener.

—Entonces, deberías…

—Sí, sí, lo sé. Debería haberte dicho que estaba embarazada de ti, que iba a tener un hijo tuyo. Pero no lo hice. Ni siquiera sé cómo disculparme.

—No puedes.

—No, no puedo. Pero, ¿podrías dejar que me explicara?

Jack se quedó en silencio y la miró fijamente, sin parpadear.

—Mucho antes de tener a Theo, antes incluso de que tú y yo empezáramos a salir, solía llevarme el portátil para trabajar a un local de la calle State, el Café Rica. No era un lugar especialmente bonito, sólo era el tipo de sitio donde las madres llevan a comer a sus hijos.

Hacían la mejor tarta de chocolate que he probado.

El frunció el ceño, pero la dejó hablar.

—Pues bien, iba a trabajar allí y me fijaba en las madres. Estaban tan ocupadas con sus niños que no podían disfrutar de la comida. Era

como si ya no tuvieran vida propia, como si su vida fuera… pequeña.

Cece lo miró y vio que Jack se había relajado. Por primera vez en varias semanas, la escuchaba con atención.

—Sin embargo, la vida es tan extraña que ahora pienso lo contrario —continuó—.

Cuando voy a algún restaurante con Theo y veo a una chica sola con un ordenador portátil, me parece que su vida es pequeña, que está completamente vacía.

—Bueno, es normal. Ser madre es una responsabilidad enorme.

—Cuando me quedé embarazada, no tenía la menor idea de lo que significaba eso. No entendí lo que te estaba robando, Jack. Y cuando por fin lo comprendí, el daño ya estaba hecho.

Cece se encogió de hombros y continuó.

—Es tan sencillo como eso. Cometí un error y ya no lo puedo cambiar. Sé que no podrás perdonarme, y que tienes derecho a seguir enfadado conmigo. Pero no quiero que me desprecies de este modo, como si me consideraras basura. Estamos casados, Jack. Deja de intentar vengarte.

Jack estuvo a punto de negar que quisiera vengarse de ella, pero habría mentido. Había mantenido las distancias durante dos semanas para castigarla por sus actos, aunque su ira desapareció en cuanto se vio con ella en el interior del trastero. Entonces supo lo evidente; supo que no la odiaba: la amaba.

De hecho, la amaba con toda su alma. Seguramente, la había amado desde que eran adolescentes. Pero al pensar en ello, se maldijo para sus adentros y pensó que empezaba a comportarse como esos personajes patéticos de las películas románticas. Si no se andaba con mucho cuidado, terminaría haciendo poesía incluso sobre la forma en que Cece pedía un bocadillo o se llevaba un caramelo a la boca.

Hasta entonces, la ira le había dado las fuerzas necesarias para mantenerse lejos de ella y para vengarse por lo que le había hecho. Sin embargo, sabía que no podía seguir así. No quería hacerle daño, sino protegerla. Era su marido.

Por desgracia, todavía estaba convencido de que terminaría por romperle el corazón, como David se lo había roto a Ara. O, sin ir tan lejos en el tiempo, como David a Sabrina. Y

cuanto más tiempo estuvieran juntos, más daño le causaría.

Pero allí estaba ella, mirándolo con ojos expectantes, esperando una respuesta.

Así que dijo lo único que podía decir:

—Tienes razón, Cece. Este matrimonio no sería bueno para ninguno de los dos. Espera un mes y pide el divorcio.

Acto seguido, recogió el móvil y se alejó hacia la puerta.

Capítulo 13

Cece prefería no pensar en el divorcio. No le había dicho nada a Theo, y ni siquiera estaba segura de que finalmente lo fuera a aceptar. Casarse con él no le había gustado nada, pero divorciarse después le parecía aún peor.

Una semana después de la boda, se dirigieron a su primer acto público. Era el estreno de *A segunda vista*, un thriller en el que Jack había invertido mucho trabajo y dinero.

Normalmente, los estudios Hudson Pictures estrenaban sus películas en el Grauman Chinese, pero esa vez habían elegido hacerlo en el Westwood Crest, el cine en el que Jack y Cece estuvieron antes de hacer el amor por primera vez.

Cece tenía la esperanza de que la elección no fuera casual. Tal vez significaba que Jack había empezado a perdonarla.

Se había puesto otro vestido de Vera Wang, esa vez de color plateado, y pensó amargamente que, si Jack estaba decidido a seguir adelante con el divorcio, lo menos que podía sacar de su relación eran unos cuantos vestidos elegantes.

Pero, aparte del estreno, no hizo otra cosa que concentrarse en el trabajo y pasar dieciocho horas al día delante del ordenador. Casi no dormía, y María pensaba que se había vuelto loca. Theo, en cambio, hacía caso omiso; su madre ya había escrito cuatro guiones durante su corta vida y el niño se había acostumbrado a sus rarezas. Además, estaba muy ocupado con Jack.

Por su parte, Cece había permitido que los de la mudanza guardaran todas sus pertenencias en la casa de Jack en Malibú. Sabía que se marcharía en un mes, pero prefería pensar lo contrario por dos razones: en primer lugar, porque no iba a rendirse sin presentar batalla; en segundo, porque su casa de Santa Bárbara le gustaba mucho, pero las vistas de aquella mansión, que daba a los desfiladeros y al mar, eran impresionantes.

En cualquier caso, el guión era su primera preocupación. Por eso se presentó en la mansión Hudson siete días después de la boda. Para entonces, el niño ya llamaba abuela a Lillian, que estaba encantada con él.

Después de pasar la tarde haciendo puzzles, Theo finalmente se quedó dormido en el sofá y Lillian aprovechó para decir:

—Me sorprende verte tan pronto. Acabas de casarte.

—Sí, pero en estas circunstancias… es decir…

Lillian soltó una carcajada.

—No hay nada malo en hablar con franqueza. Además, es verdad: tengo cáncer y podría morirme en cualquier momento. Pero te

agradezco que trabajes en plena luna de miel.

Cece sonrió.

—Bueno, no es para tanto.

Lillian frunció el ceño.

—¿Algún problema?

—¿Problema? No, no… —mintió—. Sólo me he pasado para saber si habías mirado el guión.

Cece había terminado el primer borrador dos días antes. Lo había impreso inmediatamente y le había enviado una copia a Lillian. Ella era la única que lo sabía. No había informado ni siquiera a Jack.

Pero Lillian tardó tanto en hablar que Cece empezó a ponerse nerviosa.

—No se puede negar que está cargado de acción —dijo la mujer.

—No te ha gustado, ¿verdad?

—Los diálogos son muy buenos.

—Oh, Dios mío. No te ha gustado nada de nada…

—Y desde luego, se atiene a los hechos.

—¿Se atiene a los hechos? —preguntó Cece, devastada—. Pero si lo he escrito con todo mi corazón…

—No lo dudo en absoluto. Es un guión típico de Cece Cassidy.

Cece no pudo soportar la ironía de Lillian por más tiempo.

—Tal vez, porque has contratado a Cece Cassidy —espetó.

Lillian se puso tensa.

—Niña, siempre has tenido la boca demasiado grande.

Cece se disculpó enseguida, avergonzada.

—No te preocupes, Cece. Sólo pretendía decir que el guión es demasiado obvio. Has conseguido que mi relación con Charles parezca casi inevitable desde el principio.

—Comprendo…

—Sabías que al final terminábamos juntos y lo has escrito en consecuencia, como si no hubiéramos afrontado ningún problema. Piénsalo de este modo: es como si hubieras escrito el guión de una película de desastres y el protagonista no corriera peligro en ningún momento.

Tú nunca harías eso, ¿verdad?

—No, claro que no…

—En las películas románticas, los espectadores tampoco deben saber si van a tener un final feliz. El amor encuentra obstáculos, como todo.

—Sí, lo sé, pero esto es una biografía. Y en la vida real…

—La vida real es mucho más compleja y difícil que la ficción, niña. ¿Te parece poco que estuviéramos en plena guerra y con los nazis en

Francia? Y eso no era lo único que nos separaba…

—Supongo que tienes razón, Lillian. Pero siempre os vi tan juntos, tan enamorados, que pensé que todo había sido así.

—Pues no lo fue. No importa con quién estés ni en qué época vivas, Cece. Siempre hay motivos para no confiar, para no amar o para tener miedo de enamorarte.

—¿Cuál fue tu motivo?

Cece tenía que saberlo. Y no sólo por el guión, sino por ella misma. Si Lillian y Charles habían superado sus problemas, Jack y ella también podrían.

—Eso es irrelevante. Para que el guión funcione, tienes que encontrar tus propios motivos. Debes estudiar la historia y dejar que la verdad te hable. Si hubieras estado en mi lugar, ¿de qué habrías tenido miedo? Recuerda que siempre hay cientos o miles de buenas razones para no enamorarse. Y sólo una para entregar tu corazón.

—¿Y cuál es?

—Que, sin la otra persona, nunca estarías completa.

Jack sólo tenía un mes para estar con su hijo, y estaba dispuesto a aprovechar ese tiempo al máximo. Estaba todo el rato a su lado, sin más excepción que las horas que dedicaba a la preproducción de Honor. Pero, al mismo tiempo, se esforzaba por mantener las distancias con Cece.

En realidad, no le costó demasiado. Cece estaba completamente concentrada en el guión, y luego se encerró dos días en el despacho con la excusa de que tenía que darle los últimos toques. Jack supuso que le habría dado un borrador a Lillian, que su abuela habría puesto objeciones y que ahora tenía que cambiar la historia.

Con Cece tan ocupada, a Jack no le costó que María llevara a Theo al estudio. Pero no esperaba que su padre estuviera allí. Y en cuanto María, Theo y él salieron del despacho con intención de dar una vuelta por las instalaciones, se encontraron con David.

—Felicidades, Jack.

—Gracias, papá.

Jack esperó que su padre prestara alguna atención a Theo; pero como no lo hizo, se giró hacia María y dijo:

—Tengo entendido que es el cumpleaños de Janelle y que le han llevado una bandeja de pasteles. Su despacho está al final del pasillo. ¿Por qué no llevas a Theo para que los pruebe antes de que se los coman todos? Yo iré enseguida.

—¿Tú también vienes, papá? —preguntó el niño.

Jack se arrodilló a su lado.

—Estaré contigo en un minuto.

—¿De verdad?

—De verdad.

María y Theo se marcharon inmediatamente. Entonces, Jack miró a su padre.

—¿Por qué tengo la impresión de que no has venido para ver a tu nieto?

—No lo sé —respondió David.

—Porque sabes que es tu nieto, ¿verdad?

Su padre se encogió de hombros.

—Casi todo el país lo sabe —contestó.

Jack sacudió la cabeza y entró con él en su despacho.

—Nunca cambiarás.

La oficina de Jack estaba decorada con muebles modernos. David se sentó en una de las butacas de cuero antes de contestar:

—¿A qué te refieres?

—A que Theo es tu nieto, papá, y no le has prestado ninguna atención.

—¿Cuántos años tiene? ¿Cuatro?

Jack apretó los dientes.

—No, sólo dos.

—Bueno, da igual. ¿Sabías que Markus está buscando equipo por su cuenta?

—Sí, había oído algo. Y supongo que tú pensarás…

—Que la elección del equipo es cosa mía, en efecto.

—Tienes razón, pero esta película es muy importante y es natural que quiera a los mejores.

—¿Y cree que yo no? Sabe lo importante que es para mí. Se lo dije en la boda.

—Claro, ahora lo entiendo. Ya me extrañaba que asistieras a mi boda. Sólo fuiste para presionar a Markus con la película.

David dudó antes de responder y Jack supo que había acertado.

—No, por supuesto que no.

—No habrías venido si la visita no te hubiera resultado útil. Ni siquiera te interesa tu nieto —espetó—. Dime una cosa, papá, ¿Charlotte y yo te importábamos más cuando éramos niños?

—¿Por qué preguntas eso? Recordar errores pasados no tiene ningún sentido.

—Claro que lo tiene. Esos errores me han convertido en el hombre que soy.

—Entonces, tendrías que agradecérmelo.

—Ni mucho menos. No estoy precisamente orgulloso de mí. He sido un egoísta que desconfiaba de todo el mundo. Y no he sido feliz.

David rió con sarcasmo.

—¿Es que alguien lo es?

—Sí, algunas personas. ¿Recuerdas lo que me dijiste antes de que mamá muriera?

—¿Qué te dije?

—Tuvisteis una pelea. Mamá rompió a llorar, tú saliste de la habitación y yo te pregunté por qué no podías ser más agradable con ella— ¿Recuerdas tu contestación?

—Obviamente, no.

—Dijiste que amar a una mujer es fácil, pero hacerla feliz, imposible.

—Sí, suena típico de mí.

—Luego añadiste que lo entendería cuando me hiciera mayor. Y lo más tonto del asunto es que te creí.

Menos de una semana después, su madre apareció muerta en la piscina de la casa. Se rumoreó que había sido un suicidio, y tal vez fuera cierto. A fin de cuentas, ninguna mujer mentalmente estable habría tomado somníferos antes de nadar.

Cuando la enterraron, Jack se juró ante su tumba que no sería como su padre, que no seguiría sus pasos, que nunca haría tanto daño a otra persona. Y, sin embargo, se lo había hecho a Cece.

David siempre había sido un hombre egoísta, arrogante y despreciativo. A Charlotte y a él los había tratado con frialdad e indiferencia, lo cual era toda una ventaja, pensándolo bien, en comparación con el trato que deparaba a Ara: crítico y, a veces, cruel. En cuanto a su madre, solía tragárselo todo y no se defendía nunca.

Jack dejó plantado a David y se dirigió al despacho de Janelle. Theo estaba con una de las actrices y se lo estaba pasando en grande. En cuanto lo vio, se sintió el hombre más feliz del mundo. Adoraba a aquel niño. Y si su amor por él demostraba que no sería tan mal padre como David, cabía la posibilidad de que tampoco fuera tan mal esposo.

Era la primera vez que se daba cuenta. El no era David; no tenía por qué cometer sus mismos errores.

Janelle lo vio entrar y sonrió. Después, alcanzó un montón de papeles que estaban en la impresora y caminó hacia él.

—Cece acaba de enriar una copia del guión de Honor. Iba a llevártelo dentro de unos minutos, pero estoy segura de que querrás verlo cuanto antes.

El aceptó el guión y asintió.

—Le echaré un vistazo después de comer con Theo.

Jack lo hojeó y pensó que sería excelente. Sabía que lo sería.

Pero ahora que estaba acabado, también se terminaban las excusas para mantener las distancias con Cece. Había llegado el momento de hablar de su relación.

Era algo bastante extraño. Había trabajado dieciocho horas al día en un guión, había concentrado todas las energías en ello y, de repente, había terminado, como si no hubiera pasado nada.

Cece lo envió por correo electrónico a Janelle, la secretaria de Jack, poco antes de la hora de comer. Después, salió del despacho y descubrió que la casa estaba completamente vacía. Por lo visto, Jack, María y Theo se habían marchado. Pero no se dio cuenta hasta que vio la nota en el frigorífico.

Se duchó, comió y fue al supermercado para hacer unas compras. Una vez allí, tuvo la peculiar experiencia de verse a sí misma en las portadas de varias revistas, que publicaban reportajes sobre su boda. Incluso una de las clientas la miró con curiosidad.

Tres horas más tarde, cuando oyó que se abría la puerta de la casa, su corazón pegó un respingo. Cece se limpió las manos con un paño y caminó hacia su marido, que llevaba al niño en brazos. Theo se había quedado dormido, así que lo dejaron en su habitación, cerraron con sumo cuidado y bajaron a la cocina.

—Parece que se ha divertido mucho en el estudio…

Jack asintió.

—¿Te ha molestado que me lo llevara?

—¿Debería molestarme?

—Hace un par de semanas estabas preocupada por la posibilidad de que Hollywood lo corrompiera —le recordó.

Ella río.

—Sí, fue una estupidez por mi parte. Pero es un Hudson y lleva el cine en la sangre. En realidad, dije eso porque tenía miedo de que descubrieras la verdad.

—¿Y ahora? ¿Aún tienes miedo?

Antes de que Cece pudiera responder, sonó el timbre del homo.

—¿Qué es eso?

Cece abrió el horno y echó un vistazo al interior. Tenía un aspecto excelente.

—Una tarta de cerezas —respondió—. Siempre cocino cuando

termino un guión. Me anida a relajarme.

—Tarta de cerezas, ¿eh? Qué casualidad. Es mi favorita.

—Lo sé. No he olvidado los viejos tiempos, Jack. A decir verdad, tenía intención de ablandarte con ella.

—Comprendo —dijo él, muy serio—. Entonces, supongo que ya habrás firmado los papeles del divorcio.

—Todo lo contrario. No voy a divorciarme de ti.

—¿Cómo?

—Lo he pensado mucho y he llegado a la conclusión de que te quiero a mi lado — respondió—. Aunque no quieras admitirlo, sé que estás enamorado de mí. Y yo lo estoy de ti, aunque eso es tan obvio que todo el mundo se empeña en recordármelo.

Jack sonrió de forma tan lenta y encantadora que Cece deseó llevar puesto el picardías o algo igualmente seductor. Pero como no lo llevaba y su capacidad de persuasión siempre había sido mejor que su capacidad de seducción, siguió hablando.

—Lillian me dijo algo muy interesante durante nuestra última conversación: que había muchos motivos para que Charles y ella no terminaran juntos y uno solo para que se enamoraran. ¿Sabes cuál fue? Que sabían que no serían felices por separado. Y en nuestro caso, tenemos dos motivos. Porque también está Theo.

Jack rompió a reír.

—¿Estás diciendo que no serías feliz sin mí?

Ella mintió y se burló de él.

—No, estoy diciendo que tú no serías feliz sin mí. Yo estaría muy bien por mi cuenta.

Jack la alcanzó, le puso una mano en la nuca y otra en la espalda, y la besó.

—Pues lo siento mucho, porque te vas a quedar a mi lado.

—¿En serio?

—En serio. Yo no quería divorciarme de ti, Cece. Lo propuse porque tenía miedo de volver a romperte el corazón. No quería hacerte daño, pero eso fue lo que hice.

Cece notó su tono de angustia y lo miró con cariño.

—Descuida, yo no soy como tu madre. No permitiré que me hagas la vida imposible.

Puede que no todos los días sean tan felices como éste pero, si surgen problemas, los solventaremos.

El arqueó una ceja.

—¿Eres feliz?

Ella le pegó un golpecito en el brazo.

—Sí, porque estás a punto de confesarme que me amas más que a

nada en el mundo, que no puedes vivir sin mí, que…

Jack la besó otra vez y declaró:

—Te amo. No puedo vivir sin ti, Cece. Me haces increíblemente feliz. ¿Te basta con eso?

Ella inclinó la cabeza y fingió que se lo estaba pensando.

—Puede bastar. Pero podrías añadir que has leído el guión y que te ha encantado.

—Ya hablaremos de eso más tarde.

—¿Más tarde?

Jack la tomó en brazos y la llevó hacia el dormitorio.

—Por supuesto, porque ahora voy a hacer el amor con mi esposa. Le voy a dar la noche de bodas que merece.

Epílogo

Jack tomó un poco de café para tragar mejor el pedazo de tarta que se acababa de comer.

—Sí, es verdad. Es la mejor tarta de chocolate que he comido en toda mi vida.

Cece sonrió al otro lado de la mesa. Estaban en la terraza del Café Rica, el restaurante del que le había hablado en cierta ocasión. Theo descansaba en una silla, entre ellos, y su opinión de la tarta no era menos positiva.

—Más tarta, papá —pidió con entusiasmo.

—Cuando te termines la que te queda —dijo su madre—. Por cierto, Jack, ¿has hablado con Charlotte?

—Sí, por fin la he localizado. Estaba en Nuera Orleans. Me ha pedido disculpas por no haber venido a la boda.

—Viaja tanto con tu abuelo que no esperaba que llegara. ¿Y qué hay de Montcalm?

¿Crees que convencerá al dueño para que nos permita rodar *Honor* en su propiedad?

—Sí, me ha dicho que lo conoce y que lo intentará, pero que le va a salir muy caro.

Cece arqueó las cejas.

—Vaya, qué interesante. ¿Te ha dicho por qué?

—No, pero tengo la impresión de que ese tipo no le cae muy bien.

—Charlotte siempre ha sido una mujer tan refinada y contenida que me gustaría conocer al hombre capaz de tocar los bigotes a ese gato.

—¿La tía Charlotte tiene bigotes? —preguntó Theo.

Jack miró a Cece y los dos adultos rompieron a reír.

—No, no tiene bigotes —respondió ella.

Al contemplar a su hijo, Jack se sintió inmensamente feliz.

Más tarde, cuando ya habían terminado de desayunar, se puso a Theo sobre los hombros y se levantaron para dirigirse al plato. El niño estaba encantado con el rodaje y ardía en deseos de ver a la señorita Bella, como la llamaba, vestida como la abuela Lillian. Jack compartía el entusiasmo de su hijo. Sabía que aquel papel lanzaría a Bella al estrellato. Sólo esperaba que no se mareara con las alturas.

Antes de salir a la calle, Jack vio a un hombre sentado a una mesa, con un ordenador portátil. El hombre alzó la cabeza y le dedicó una mirada de desdén.

Jack pensó que había sido igual que él durante mucho tiempo: independiente y solitario.

Pero Cece lo había cambiado todo. Lo había amado incluso en los

peores momentos, cuando era un perfecto idiota.

Miró a su esposa y notó que ella también lo había visto.

Cece lo tomó de la mano y preguntó:

—¿A que tenía razón?

—Sí.

Cuando salieron a la calle, Cece le dio un codazo cariñoso.

—Te dije que era la mejor tarta de chocolate.

Fin